EN DEFENSA

DE LA

PERSONALIDAD VALENCIANA

POR

Jordi de Fenollar

TOMO I

SEGUNDA EDICION

IMP. DOMENECH—VALENCIA

Obras de Teodoro Llorente

	Ptas.
Valencia (volumen II)...	15
Versos de la Juventud...	3
Hojas selectas (poesías)...	2
Llibret de versos (dos tomos)...	3
Teodoro Llorente, su vida y sus obras (florilegio)...	3'50
Poesías de Heine (versión castellana)... ...	2
Fausto (primera parte), tercera edición.....	12

Obras de T. Llorente Falcó

	Ptas.
Ráfagas del Campo (escenas de la masada).	2
Cuentos Maravillosos (agotada)...	3
Más Cuentos Maravillosos...	5
Epistolari Llorente. Volumen I: Cartes llevantines (1861-1900)...	15

EN PREPARACIÓN

Epistolari Llorente (volumen II: Cartes llevantines (1900-1911)...	17
Mistral-Llorente...	

DE VENTA EN LA ADMINISTRACION DE «LAS PROVINCIAS», CALLE DEL MAR, 29

EN DEFENSA

DE LA

PERSONALIDAD VALENCIANA

Colección de artículos publicados
en LAS PROVINCIAS de Valencia

POR

Jordi de Fenollar

TOMO I

SEGUNDA EDICIÓN

IMP. DOMENECH—VALENCIA

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Los artículos que forman este volumen, y los que puedan seguirle, no fueron escritos para vida tan larga, como supone la del libro. Son artículos periodísticos, escritos a vuela pluma, con erudición de segunda mano, sin más trascendencia que la de cooperar al movimiento regionalista, iniciado con la caída de la Dictadura. Pero la buena acogida que les dispensó el público, más que por su mérito, por la oportunidad del momento, y las instancias de muchos lectores, han determinado a su autor a publicarlos en volúmenes, con las salvedades de que no presume de historiador, ni ha podido recoger todos los datos contenidos en los artículos en sus fuentes, y que en su trabajo sólo le ha guiado el buen deseo de llevar su granito de arena a la actual campaña regionalista.

Pudo, al dar nuevamente estos trabajos a la imprenta, haberlos ordenado, y hasta corregir algunos y suprimir otros; pero pensó que si se metía en semejante labor de depuración, podría ocurrir que se arrepintiese de haber

sido débil accediendo a los requerimientos de algunos buenos amigos, y fuera todo al cesto de los papeles inútiles.

Y hechas estas explicaciones, cierra la presente Advertencia. A continuación hallarán los lectores todos los artículos publicados en Las Provincias, *obedeciendo algunos de ellos a temas de momento.*

Sólo nos resta agradecer a la opinión sus buenas disposiciones para este entusiasta enamorado de las glorias de su tierra.

JORDI DE FENOLLAR.

HACIENDO MAS QUE REGIONALISMO

Parece que haya empeño en empujar a Valencia por caminos por los que nunca pensó entrar. En nuestra región se ha sentido siempre un regionalismo templado, sin carácter alguno político. La obra del centralismo, ¿por qué no declararlo?, en el transcurso de los años le hizo daño, aunque no logró nunca anular su personalidad, que continúa tan latente dentro de su alma que ha de costar poco esfuerzo para su resurgimiento con todo vigor.

Y esa labor a favor de nuestro resurgimiento habremos de debérsela a nuestros gobernantes y a los orientadores de la opinión en Madrid, que, en su incomprensión del problema regionalista y en su desconocimiento de las distintas personalidades que constituyen el pueblo español, no hacen más que zaherir los sentimientos de todos, y de algún tiempo a esta parte muy especialmente los del pueblo valenciano.

Recientemente se han sucedido los agra-

vios y los ataques a la personalidad valenciana de una manera verdaderamente inusitada. Primero fué la supresión de la cátedra de la lengua valenciana, que por iniciativa del Centro de Cultura venía dándose en nuestra Universidad, como un homenaje espiritual a una lengua, que diga lo que quiera *A B C*, es tan viva como lo es el castellano, y de ello tendremos ocasión de hablar. El señor Marqués de Estella, que en esto del regionalismo bebía en las mismas fuentes de los más foribundos centralistas, creyó sin duda que se cometía un delito de lesa patria si se consentía que en nuestro primer centro docente, se dieran explicaciones de gramática valenciana, y prohibió que éstas continuaran. Estábamos en período de Dictadura y hubo que callar y resignarse, aun cuando aquello fué considerado por muchos como un agravio.

Pasaron unos meses, y un día, el mismo señor Marqués de Estella, sin venir a cuento, en unas de esas declaraciones en que tan insubstancialmente agraviaba a unos y a otros, ocurriósele censurar que los valencianos se pusieran en pie y se descubriesen al ejecutarse su Himno Regional, y de una manera indirecta vino a ordenar que esa costumbre debía desaparecer. Y ocurrió que a partir de aquel día, el Himno despierta mayores entusiasmos, y

que esos entusiasmos su subrayan, cosa que antes no ocurría, cuando a continuación, con un celo verdaderamente ridículo, se exigió que siempre tras el Himno Regional había de tocarse el Nacional.

Pasó aquéllo, aunque dejando su correspondiente sedimiento, y un nuevo ataque parte del Gobierno contra la personalidad valenciana, y ello se hace con motivo de haber surgido la idea de erigir en nuestra ciudad un monumento simbólico a la Región, a cuya iniciativa contesta el jefe del Gobierno, también el mismo Marqués de Estella, exigiendo que ese monumento se levantase a la provincia, y de ningún modo a Alicante, Castellón y Valencia reunidos.

Rebasando todo lo que se ha dicho, viene ahora el periódico *A B C* a publicar un artículo (1) en el que se hacen apreciaciones tan

---

(1) Dejando a un lado el objeto del artículo de *A B C*, que era el pedir que desapareciesen los académicos regionales de la Real Academia de la Lengua, al hablar de Valencia decía lo siguiente:

«Se quiso hacer esta manifestación de aprecio tan extensa que se creó sección para las provincias valencianas, cuyo elegido—ilustre y erudito sacerdote—no podía traer sino la representación de una lengua muerta o puramente literaria con escasísima producción desde el promedio del siglo anterior; porque todo el mundo sabe que en Valen-

fuera de la realidad y tan molestas para los hijos de esta tierra, que no nos explicamos por qué y para qué se han escrito y publicado, máxime cuando constituían un inciso completamente innecesario para el asunto tratado en el mencionado artículo.

A parte de lo que ayer reproducía *Las Provincias*, se dice en dicho artículo cosas como ésta: «Lo importante era demostrar el merecimiento que concedía (habla el articulista de la concesión del Gobierno de la Dictadura creando los académicos regionales) al antiguo

---

cia se habla un dialecto desfigurado, empobrecido y castellanizado que apenas tiene briznas del lemosín y que ni siquiera es la expresión unánime; ni en la región, porque innumerables comarcas hablaron y hablan siempre en castellano, ni en las propias capitales (Valencia, Alicante y Castellón), donde la mayoría de las gentes, y desde luego, las de clase media, se producen también en castellano, limitando el uso del dialecto o interjecciones sueltas, a las charlas de tono festivo o a las expansiones familiares; pero nunca en diálogo invariable, como ocurre en Cataluña. Sólo se consiguió adulterar esencialmente la Academia—cuyo tesoro único y definitivo es el idioma de Cervantes, y cuya labor se sintetiza exclusivamente en el Diccionario castellano—y crear una situación difícil y postiza, casi de intrusos, a los académicos regionales, a quienes se limitó la categoría, atribuyéndoles una calidad de adjuntos notoriamente subalternos.»

eúskaro, a la fabla gallega, al catalán, al mallorquín, como realidades consentidas, como lenguas vivas con que comunican sus pensamientos unos millones de españoles.» Y luego añade lo que copiábamos ayer respecto al valenciano, que es una lengua muerta, o puramente literaria, y otra colección de lindezas por este estilo que ya iremos rebatiendo.

¿Lenguas vivas el eúskaro y el gallego, y muerta la valenciana?

Pero el articulista que tales cosas dice, ¿es hijo de España, ni aún pertenece a este planeta, o es que nosotros no estamos en nuestros cabales?

SOBRE LO DE LA "LENGUA MUERTA"

Según el articulista de *A B C*, la lengua valenciana es lengua muerta, cosa que no ocurre con las que se hablan en Cataluña, las provincias vascas, Galicia y Mallorca.

Nosotros no sabemos qué entenderá por lengua muerta el mencionado articulista, porque un idioma que sirve como único medio de expresión a más de un millón de habitantes, bien puede considerarse como lengua viva; y decimos como único medio de expresión, porque exceptuando la población que habita en las tres capitales del antiguo reino valenciano, que habla indistintamente los dos idiomas, si es preciso, aun cuando la inmensa mayoría de dicha población tiene como lenguaje del hogar, que es el verdaderamente propio, el valenciano, todos los demás hijos de esta tierra, menos, desde luego, aquellos que viven en las comarcas de habla castellana, que en junto no sumarán 200.000, apenas si se

les ofrece ocasión de tener que expresarse en castellano.

Hemos tomado el censo que tenemos a mano, que es el de 1920, y la población de Alicante, Castellón y Valencia en junto suman 1.835.744 habitantes, censo muy corto, como lo demuestra el hecho de que a la ciudad de Valencia se le asignen 267.343 habitantes, cuando la realidad le da ya el medio millón bien cumplido.

Bien, pues, puede afirmarse que el antiguo reino de Valencia cuenta actualmente con dos millones y medio de habitantes; y aún quitándole el pico del medio para las comarcas que son castellanas, y de las que hablaremos también otro día—porque el articulista citado ha querido dar a esto una significación que no tiene,—quedan dos millones de seres que hablan la lengua valenciana.

El eúskaro, lengua viva según el articulista, si lo hablasen todos los habitantes de las provincias vascas y de Navarra, tendría un censo de 1.163.376; pero es que aquí se da el caso de que en las capitales no se habla en absoluto, si no se trata de algún erudito, dándose el caso de que muchos hijos del país no lo hablan ni lo entienden, cosa que no ocurre de nuestro reino, en las zonas de lengua valenciana, a no ser alguna señorita medio-al-

mendra, contaminada de cursilería centralista, que en todas partes y en todo tiempo se da esta planta.

Algo parecido a esto ocurre con la lengua gallega, que también ha sido desplazada, o poco menos, de las capitales, y no por ello le vamos a negar su vitalidad, como a la vasca.

¿Por qué, hallándose en las mismas o mejores condiciones de uso la lengua valenciana se le ha de poner un estigma que no merece, y que ha de mortificar a un pueblo que se considera muy orgulloso de tener un idioma suyo?

Como puede ver el articulista aludido, la lengua tiene un uso más amplio que el que le asigna, en los dos millones de habitantes que lo hablan, y que, según él, «es un desfigurado dialecto, empobrecido y castellanizado, limitado a interjecciones sueltas, a las charlas de tono festivo o a las expansiones familiares, pero nunca al diálogo invariable».

Seguiremos otro día tocando los distintos puntos tratados por el tantas veces citado articulista, que parece venido de las Batuecas, por la ignorancia que demuestra en cosas de tan elemental sabiduría.

LA CORRUPCION DE LA LENGUA VALENCIANA

El articulista de *A B C* ha dicho que en Valencia «se habla un dialecto desfigurado, empobrecido y castellanizado, que apenas tiene briznas de lemosín».

Vamos por partes. En la región valenciana pasa con la lengua lo que ocurre en todas partes con las suyas, y sin salirnos de la lengua de Castilla podemos ofrecer el caso. No se habla con la misma pureza la lengua Castellana en la meseta de Castilla que en Aragón, Andalucía y Murcia. En algunas de estas comarcas hay tales diferencias, no ya sólo de palabras y giros, sino también de acento, que bien puede afirmarse que aquello más que lengua única, son distintas formas dialectales del idioma oficial de la nación. Pero el hecho de que en una parte no se use con toda su pureza un habla, no es razón suficiente para echarla por tierra.

Valencia, capital, no puede señalarse como modelo de pureza en el idioma, pero no fal-

tan comarcas que se las puede mostrar como a tales, por ejemplo toda la extensa zona del valle de Albaida. ¿Condenaría el articulista el castellano porque no se habla con toda pureza en algunas regiones españolas? Pues este es el caso del valenciano.

Por otra parte, tampoco es exacto lo que dice acerca del estado de la lengua en las tres capitales del antiguo reino. Conforme de toda conformidad en que no pueda presentarse como modelo, pero de eso a decir que viene a ser o poco menos que una jerga insoportable, un verdadero «patois», hay muchos kilómetros de distancia.

El articulista, en un rasgo de erudición que nos ha dejado patitiesos, y lanzando como una definitiva excomunión, nos dice que a nuestro valenciano ya no le quedan ni «unas briznas de lemosín».

¿De lemosín? Pero si en Valencia no se habló nunca el lemosín... Allá, en los primeros tiempos de nuestro movimiento renacentista, al crearse los Juegos Florales, hace cincuenta años, nuestros poetas, en su afán de restaurar el lenguaje poético, comenzaron a desenterrar palabras completamente arcaicas y fuera de todo uso, creando un léxico que nadie entendía, y que se dió por llamar lemosín. Eso es todo.

En Valencia, según el reverendo Padre Luis Fullana, el académico nuestro regional, el valenciano se produjo aquí, no fué género de importación, y comenzó a usarse en nuestra región al mismo tiempo que en las otras comarcas de esta habla; según otros, y esta es la opinión más generalizada, procede del catalán, y fué traído a nuestro reino por los pobladores que vinieron con el Rey don Jaime, así como nuestro castellano, se deriva del aragonés, otro elemento de población que también vino con el mencionado Monarca, siendo ello la causa del carácter bilingüe de nuestra región, aunque dominando en mucho el valenciano.

No hace muchos días el doctísimo señor Rubió y Ors, en su discurso de entrada en la Real Academia, tocaba este punto y se reía del lemosinismo ese que se nos había querido aplicar.

Por lo demás, puede estar seguro el artículista de referencia de que aún tiene valenciano para rato. En el siglo XVI ya tuvo Valencia un plantel de escritores castellanos que podían competir con los mejores del resto de España, y esto no ha sido obstáculo que a fines del siglo XIX surjan poetas valencianos de justísimo renombre, y de que hoy, la inmensa mayoría de los cultivadores de la poesía es-

criba en nuestra «dolsa parla», lo cual sería caso verdaderamente inaudito si el valenciano atravesase el período de horrible postración que le asigna el detractor de nuestra lengua.

LA EXTENSION DEL CASTELLANO Y DEL VALENCIANO EN NUESTRA REGION

Dice el articulista de *A B C* que en Valencia son «innumerables las comarcas que hablaron y hablan el castellano», y lo dice como un argumento más en su favor para deprimir nuestro idioma.

Al tratar este punto hay que distinguir entre comarcas que comenzaron a ser valencianas con la actual demarcación provincial, hecha en el siglo XIX, y comarcas que fueron siempre valencianas. Respecto a las primeras, entre las cuales se cuentan el valle de Ayora y toda la extensa zona de Requena y Utiel, que pertenecieron siempre a Castilla, nada hemos de decir. Para los efectos del articulista éstas no entran en la cuenta, sin que ello quiera decir que hoy no las consideremos muy nuestras, a pesar de las diferencias de lenguaje y aun de Historia.

Vamos, pues, a las otras. Decíamos en nuestro anterior artículo que una de las opi-

DEL SIGLO XV ACA NO HA PASADO EL TIEMPO PARA NUESTRA LENGUA

Están en un error crasísimo aquellos que creen que nuestra lengua ha desmerecido extraordinariamente de los tiempos de su mayor esplendor a los presentes. Los que tal creen se fijan sólo en el lenguaje poético de Ausias March, del que les separa un verdadero abismo. No hablamos de este lenguaje, sino del que usaban las gentes para entenderse unas con otras, y de éste, del de carácter popular, del que decía Cervantes en el siglo XVI, en su libro «Trabajos de Persiles y Segismunda», por boca de los personajes de su obra que «principalmente les alabaron la hermosura de las mujeres (de Valencia) y su extremada limpieza y graciosa lengua, con quien sólo la portuguesa puede competir en ser dulce y agradable», juicio confirmado varios siglos después por Eliseo Reclús, en su notable «Geografía de Europa» y por Víctor Hugo, quienes por lo visto no tenían formado el mismo criterio del articulista de marras. Pues bien:

nosotros nos atreveríamos a sentar, frente a la afirmación aquella de que el valenciano es «un dialecto desfigurado, empobrecido y castellanizado», esta otra: «Nuestra lengua regional apenas tiene diferencia alguna con la que se hablaba en el siglo XV, aún en la misma capital del antiguo reino».

Y para demostrar esto que decimos, no vamos, a abrir cátedra de gramática—que esto, sobre ser un poco aburrido para nuestros lectores, no entra en la competencia del autor de estos artículos,—sino que hemos de limitarnos a recomendar la lectura de los sermones de San Vicente Ferrer, los cuales, salvo alguna pequeña diferencia sintáxica y unas pocas, quizás se pudieran contar con los dedos de una mano, podrían perfectamente volverse a predicar desde cualquier púlpito de nuestros templos, sin que el auditorio hiciera el menor gesto de extrañeza.

Al alcance de la mano de todo lector está la comprobación de lo que decimos. El doctísimo canónigo don José Sanchis Sivera tiene publicada una «Cuaresma» de sermones de San Vicente, y este libro no es difícil hallarlo en muchas librerías públicas y privadas. Tan asequible a todos es el lenguaje de dichos sermones, que el señor Sanchis Sivera no se creyó en el caso de incluir en el libro un glosario

explicativo de palabras desconocidas para los lectores.

Si no bastara este argumento en contra del «empobrecimiento» de nuestro idioma de hogaño, aún podríamos ofrecer este otro, que también es para tenerlo en cuenta.

Teodoro Llorente, el poeta autor del «Llibret de versos», huyó siempre de emplear palabras arcaicas en sus poesías, procurando ajustarse al lenguaje en uso; y aún queriéndose acercar más al pueblo, escribió esta poesía, que él mismo se cuidó de poner, entre paréntesis, a continuación del título, «En valenciano vulgar»:

ARROS EN FESOLS Y NAPS

Per l'horta, tocant mitj-día,
plens de infantil alegría,
tornaven a la alquería
dos pobres fematerets.
L'un y l'altre, al escoltar
les dotse, que en só de queixa
els cridaven a la llar,
tingueren una mateixa
idea: la del dinar.
Lo més menut, que li guanya
al altre que l'acompanya
en vivor, li digué així:

—Si fores el Rey d'Espanya,
¿qué dinaríes tú vuí?
Alsant lo front ple de arraps
y soltant la llengua pronta,
li contestá—¿Pues no hu saps?
¡Quina pregunta més tonta!...
Arrós en fesols y naps.
¿Y tú?—afegí lo major.
Lo menut llansá un suspir,
y torcantse la suhor,
li replicá:—¿Qué he de dir,
si tú has dit ja lo millor?

¿Sería posible escribir composición tan linda en un «dialecto desfigurado, empobrecido y castellanizado»?

¿Debe ser despreciada, como guiñapo sucio y mal oliente, la lengua capaz de producir poesías como la transcrita?

LOS PRIMEROS LIBROS IMPRESOS EN ESPAÑA FUERON VALENCIANOS

Los valencianos estamos muy orgullosos de nuestra lengua regional, y debiera estarlo también el resto de los españoles, no sólo porque en ese idioma se han escrito obras de un valor extraordinario, sino también porque los primeros libros que se imprimieron en España estaban escritos en valenciano, y de las imprentas de nuestra ciudad salieron dichos incunables.

De todos es sabido que la primera obra impresa en nuestra nación, fué la que lleva por título «Les obres o troues dauall scrites les quals tracten de lahors de la Santíssima María», que lleva el año 1474; pero lo que no es tan sabido es que también le cabe la gloria a Valencia y a su lengua de haber dado a la imprenta el primer libro con grabados y que es una traducción en «stil de valenciana prosa», hecho por Bernardino Vallmanya, titulada «Cárcel del amor», de Diego de San

Pedro, de cuya obra se hicieron unas treinta ediciones en diferentes lenguas, siendo la primera la nuestra.

Y no queda en esto la cosa. El primer tratado de ajedrez que se conoce en Europa lo escribió y publicó en 1495 un segorbino, Francisco Vicent, por cierto escrito en valenciano, a pesar de que Segorbe se halla en una comarca de lengua castellana; e igualmente la primera traducción del famoso libro conocido por el «Kempis», es la valenciana de Miguel Pérez, hecha en Barcelona en 1482. Y aún pudiéramos añadir que el primer Diccionario que se conoce impreso en lengua románica es el «Liber Elegantiarum», del valenciano Juan Esteve, que fué escrito hacia el año 1472 e impreso en 1489 en Valencia, el cual contiene una rica colección de frases y dicciones valencianas y latinas.

Y ha de causar verdadera indignación que sean españoles los que desconociendo las glorias de una lengua y su verdadero estado actual, comentan la injusticia de censurar que se le conceda un puesto, a título de idioma nacional, en la Academia Española, juntamente con las demás de carácter regional que se hablan en el territorio de nuestra Monarquía, y no sólo se hace esto, sino que se llega aún a mucho más allá, a menospreciarla, colocán-

dola en un plano de inferioridad respecto de las demás, que no es tolerable.

Había de ser verdad lo del estado de empobrecimiento del valenciano, y sólo por el hecho de haber dado días tan gloriosos a España, no debió nunca de regateársele un puesto de honor, máxime sabiendo que detrás de esa lengua hay unos dos millones de individuos que sino la sintiesen como cosa viva, y muy vibrante, la venerarían como monumento de sus pasadas grandezas.

Y si somos todos hermanos, ¿por qué comportarnos como si no lo fuésemos?

EL CASO DE ORIHUELA

Decíamos días atrás que la única población del antiguo reino de Valencia que había cambiado de lengua, en el período comprendido de la Conquista a nuestros días, había sido Orihuela, que antiguamente hablaba valenciano y hoy se expresa en castellano.

El caso de Orihuela merece alguna explicación, que no así como así se cambia de idioma, como cosa trivial y corriente.

La mayoría de nuestros lectores sabe que el reino de Murcia, al que pertenecía Orihuela, fué conquistado de los moros por el Rey de Aragón don Jaime I, el mismo que hizo la conquista del reino valenciano. Tributario aquel reino de los Soberanos de Castilla desde el tiempo de don Fernando III, se alzó en armas, al suceder en el Trono don Alfonso X, yerno del Monarca aragonés, y entonces éste con sus ejércitos acudió en su ayuda, consiguiendo la conquista de todo el

territorio murciano. Devolvió don Jaime a su hijo político todo el reino, incluso Orihuela, a pesar de haber pertenecido años antes, por un corto período de tiempo, a Valencia, cedida por el Infante de la Cerda a don Jaime; pero posteriormente, por sentencia arbitral de 1304, al fijarse los límites entre ambos reinos, Orihuela se asignó a Valencia.

Estos son los antecedentes históricos, antecedentes que nos dicen que Orihuela pertenecía a Murcia; es decir, al reino moro que tenía por capitalidad esta ciudad. Y ello se explica. La huerta de Murcia y Orihuela es una misma: idénticas aguas (las del río Segura) la bañan; las vías de comunicación las enlazaron siempre, y en su vida, en una palabra, vibró constantemente al unísono de la tierra murciana.

Con todo lo dicho, nadie ha de extrañar que la influencia castellana fuese decisiva desde los primeros momentos de constituirse el reino cristiano, bajo el cetro de don Jaime, aunque afirme el historiador Viciana que «en tiempos de la Conquista se pobló la tierra más de catalanes que de otras naciones, de los cuales heredaron la lengua»; y tan cierto es lo que decimos, que hasta la lengua oficial, según el docto escritor murciano don Pedro Díaz Cassou, desde la Reconquista fué el ro-

mance castellano, y en castellano están los privilegios, acuerdo y libro de «Reparto».

Y a pesar de las condiciones especiales de esta ciudad con respecto a Valencia, el mismo Díaz Cassou decía, hará de esto 25 años: «No es rigurosamente exacto que Orihuela haya dejado de hablar en valenciano; en aquella ciudad se entienden por todos ambas lenguas, y aunque predomina la castellana, háblase también la valenciana».

El caso de esta ciudad es muy especialísimo. Casi podría afirmarse que se halla en las mismas condiciones de cuando fué reconquistada por el Rey don Jaime, ya que no ha perdido su carácter bilingüe, no obstante lo intimamente ligada que se halló siempre a Murcia, en cuyo territorio no se habló nunca el valenciano.

Posible es que se hubiese desenvuelto en otra forma la Historia, de no haber mediado los estrechos lazos de parentesco que unían al Monarca aragonés y al castellano, y es seguro que entonces no sólo Orihuela, sino toda Murcia hubieran venido a agrandar los territorios del habla valenciana.

Seis siglos no han sido aún bastantes para borrar en Orihuela, la antigua Oriola—como en nuestra habla se denominaba,—los vestigios de una lengua que desde el primer mo-

mento careció allí de ambiente, no ya para desarrollarse, ni aún siquiera para vivir con holgura.

El caso de Orihuela es la mejor demostración de la intensa vitalidad de nuestra habla regional.

LES TROBES EN LAHORS DE LA VERGE MARIA

No quisiéramos pecar de pesados, ni de machacones. Recibimos muchas cartas en que se nos alienta a seguir estos ligeros artículos, y por ello continuamos escribiendo.

Dijimos en días pasados que el primer libro impreso en España fué el valenciano «Les trobes en lahors de la Verge María», y no queremos que esta noticia vaya sin más explicación y comentarios.

A fines del siglo XIV figuraba entre la Colonia alemana residente en Valencia un comerciante llamado Jacobo Vizlant, hombre al parecer muy despierto en los negocios, quien sabedor de la gran revolución que estaba haciendo en otras naciones el invento de la imprenta, pensó en establecer aquí los primeros talleres. La situación de nuestra ciudad no podía ser más favorable para una empresa como esa: Valencia se hallaba en aquellos instantes en el período más glorioso de su esplendor literario, y de ella salían innumerables obras

hechas hasta entonces a mano, que venían a nutrir las bibliotecas públicas y particulares. Bien le cuadraba entonces el calificativo de la Atenas del Mediterráneo; ninguna otra ciudad de los reinos hispánicos podía equiparársele, ni siquiera Barcelona, que actualmente nutre el brillo literario de los primeros siglos de nuestra lengua, con las producciones de los ingenios valencianos. A Valencia venían a establecerse artistas e industriales de Génova, Florencia, Venecia, Milán, de Alemania y de Lombardía, atraídos por el ambiente cultural y artístico que se respiraba. Y en estas condiciones Vizlant llama a un impresor alemán, Lamberto Palmart, y se establece la primera imprenta, que inaugura su labor con la antedicha obra.

No podía solemnizarse mejor la introducción de la imprenta en España que dedicando el primer libro a la Virgen Santísima, y en un país en que andando los siglos había de rendirle un culto tan entusiasta, bajo la advocación de Nuestra Señora de los Desamparados.

Aquel primer libro contenía las composiciones presentadas en unas Justas que se dedicaban a enaltecer a la Virgen, con opción a un premio, y fueron cuarenta y cinco las poesías inscritas, de ellas cuarenta y una en valenciano, tres en lengua castellana y una en tos-

cano, correspondientes a cuarenta escritores, entre los que figuraban algunos tan renombrados como Juan Ruiz de Corella, Jaime Roig, Bernardo Fenollar, Francisco de Castellví, Bernardino Vallmaya, Jaime Gazull, Juan Vidal, Miguel Pérez y Narciso Viñoles.

De aquella primera obra sólo ha llegado a nuestros días un solo ejemplar que se conserva en nuestra Universidad como una de sus mejores joyas. Barcelona y otras ciudades quisieron empañar el lustre de esta edición disputándole la supremacía, pero todos los argumentos esgrimidos fueron vanos, nuestras «Trobes en lahors a la Verge María» continúan ocupando el lugar preeminente que le corresponden en la historia de la Imprenta de España.

Posteriormente, y por iniciativa del Ateneo Científico de nuestra ciudad, se pensó en reproducir aquel libro, con motivo de celebrarse el cuarto centenario de la introducción de la Imprenta en nuestra Patria, y aquella iniciativa fué acogida veinte años más tarde por un bibliófilo tan entendido como don Francisco Martí Grajales, y llevada a ramos de bendicir, prestando con ello un señalado servicio a la cultura, pues no se concretó a reproducir fielmente la obra, sino que la enriqueció con un luminoso estudio acerca de

los poetas que acudieron a la Justa en honor de la Virgen.

Y perdónesenos la vanidad, como buenos valencianos, de exhumar estas pasadas grandezas, en esta modesta campaña a favor de nuestra maltratada lengua.

UNAS PALABRAS MAS SOBRE EL CASO DE ORIHUELA

El señor marqués de Torre de Carrús nos facilita unos datos muy interesantes acerca del uso del valenciano en Orihuela.

Publicábase no hace muchos años en Elche, la hermosa ciudad de las palmeras, una revista muy interesante titulada *Levante*, y en uno de los volúmenes de esta publicación, el correspondiente al año 1926, nos encontramos con un artículo en el que se habla, con el título de «Un valenciano oriolano», de don Rafael Blasco y Moreno, suegro que fué del novelista Vicente Blasco Ibáñez, y un entusiasta hijo de la tierra valenciana. Muy joven vino a Valencia, y aquí se distinguió mucho como periodista y como poeta, perteneciendo también a la carrera judicial, en la que ocupó importantes cargos. Este ilustre oriolano escribió también en valenciano, y suya es una hermosa poesía de 157 versos dedicada a la Virgen de los Desamparados.

Pero aun más que estos datos, es intere-

sante dicho artículo, que firma Claudio Miralles de Imperial y Barrie, porque contiene noticias que vienen a confirmar lo que nosotros decíamos hace pocos días.

Cuenta el articulista que una de las primeras medidas que adoptó Felipe V cuando consideró asegurada su Corona en nuestro reino, fué la prohibición del lenguaje valenciano en los documentos públicos, castigando de esta manera a la ciudad de Orihuela por haber hecho armas, a las órdenes del marqués de Rafal, contra él, sumándose a la campaña en favor del archiduque de Austria que hizo el reino de Valencia.

Fué, desde luego, aquél un golpe formidable, pero aún continuó el uso del valenciano en la ciudad y su huerta, y ello lo confirma el señor Miralles con estas palabras:

«Siempre recuerdo que mi buen padre me contaba que habiendo trasladado su bufete mi abuelo de Elche a la villa de los Dolores, tuvo un respetable cliente, anciano labrador oriolano acomodado, a quien llamaban «El tío Pamies», que hablaba siempre el valenciano, y cuando le preguntaban:

—*I cóm, sent vosté de Oriola, parla valenciá,* —contestaba:

—¡*Aixó son módes de ara, d'eixos monos!* *En Oriola sempre s'ha parlat valenciá.*

Según me decía don Paco Bonete, esta familia Pamies existe todavía en Orihuela y es muy respetada.

Asimismo me contaba mi padre que en la fiesta de Orihuela había cierta ceremonia todavía en su tiempo—recuerdo de pretéritas edades—en que un oriolano decía en mal valenciano:

—*¿Ahí ha algún Castechá?... ¿No? Pos que baixe'l oriol.*

Oriol, que es un vocablo bien occitano, significa el pájaro cuyo nombre es en castellano oropéndola; de color amarillo, pero las alas, cola, patas y pico, negros.»

Todo esto viene a comprobar lo que decíamos de lo muy difícil que es la desaparición de una lengua, pues aún hoy, a pesar de haber sido dominado el valenciano por el castellano, el oriolano o dialecto murciano (que es el mismo) está plagado de valencianismos o de occitanismos, hasta el punto de que, según dijo don Francisco Bonet en unas conferencias en la Universidad de Murcia, el cincuenta por ciento del vocabulario oriolano es eminentemente valenciano.

LOS COPISTAS MEDIEVALES

Es muy doloroso que no se vulgarice entre las actuales generaciones el elevado grado de esplendor a que llegó la cultura valenciana en los siglos medios, cuando la lengua de la tierra era casi nuestro único vehículo del pensamiento. Es muy posible que si esto se conociese entre muchas gentes, un legítimo orgullo invadiera su espíritu y no se creyera de buena fe por algunos, que con la lengua valenciana sólo pueden escribirse piezas teatrales salpicadas de chistes de una grosería que tira de espaldas, y que hay que refugiarse en el catalán del día para producir verdaderas sensaciones de arte literario.

Valencia tuvo en los siglos XIV, XV y XVI un período literario brillantísimo, pudiéndose afirmar que de las regiones españolas en que se hablaban las lenguas llamadas de Oc, ninguna produjo obras tan excelsas como la valenciana.

Y es que la cultura en nuestra ciudad había llegado a una altura tan grande que Valencia era uno de los más importantes merca-

dos de libros, y aquí hubieron de organizarse nutridos núcleos de copistas, encargados de escribirlos, pues ha de advertirse que en los tiempos a que nos referimos no era conocida aún la imprenta, y no había más libros que los que se escribían a mano.

Precisamente en «Anales del Centro de Cultura Valenciana» el director-decano de dicha entidad don José Sanchis Sivera está publicando unos interesantísimos artículos sobre bibliología medieval, y en esos artículos nos habla de los amanuenses copistas llamados «scriptores» simplemente y los «scriptores littere formate», dedicados los primeros al oficio de escribientes, y como tales no sólo ayudaban a los notarios, sino que se dedicaban a la copia de libros, pero sin ornamentación de capitulares o «capsaleres», ni otros aditamientos con que los adornaban frecuentemente. En las Comunidades religiosas abundaban esta clase de escribientes. Los segundos, los «scriptores littere formate» eran verdaderamente artistas y de ellos proceden muchos de esos hermosísimos volúmenes miniados, de letra impecable y trazados algunas veces sobre pergamino o vitela.

Y alcanzó esta industria tal importancia, que la confección de un libro era objeto de contrato ante notario, en el que se determi-

naba todo, incluso la forma de la letra. Cita el señor Sanchis Sivera una carta del Infante don Juan, primogénito del Rey don Pedro IV el Ceremonioso, escrita al rector de la parroquia de San Andrés, de Valencia, en la que consignaba haber recibido el dibujo de un libro de «Horas» que había ordenado que se le hiciera y en la que le manifiesta su conformidad, y habla de otra carta del Rey don Martín, dirigida al baile general de Valencia, fechada en Enero de 1400, en la que éste aprueba «la mostra de la letra quen havets tramesa de la qual volets fer transladar libre que nos demanam».

Consecuencia del gran incremento que tomó esta industria de hacer libros, fué el origen de otra que también alcanzó mucha preponderancia, la de «ligador de libros», encuadernador, que venía a ser el completo de aquélla, pues no se olvide que Valencia tenía entonces una vida de relación muy extensa, no sólo con los demás estados cristianos de la Península, sino también con el Mediodía de Francia y con los Estados italianos.

Y para toda esta vida espiritual, tan intensa, servíase principalmente del valenciano, que lo hablaban incluso sus Reyes.

LOS BREVIARIOS Y MISALES DE LA EDAD MEDIA

Nuestros lectores perdonarán si estos artículos derivan hacia otros temas, y si algunas veces tienen poca conexión unos con otros. En ellos nos proponemos continuar haciendo labor valencianista, en el sentido de vulgarizar noticias y juicios sobre la personalidad valenciana, pero juzgamos que para que sea suficiente amada, y por lo tanto defendida, es necesario que muchas de aquellas noticias y algunos de los citados juicios, hoy del dominio exclusivo de investigadores y eruditos, pasen al acerbo del gran público.

Hablábamos en nuestro artículo anterior del poderoso incremento que en Valencia había adquirido el mercado de libros, como demostración de su grandísima cultura en los siglos XIV al XVI, y como consecuencia de ello del nutrido número de copistas dedicados a la labor de reproducir a mano las obras clásicas, las nuevas que se producían y aquellas de más utilidad práctica.

Entre estas últimas debemos citar los Breviarios y los Misales, destinados a la diócesis. No había capilla que entre los objetos del culto no tuviese un Misal y su Breviario, los cuales figuraban en el correspondiente inventario, considerándoseles como cosas tan preciadas y precisas, que el primero se conservaba atado al altar con una cadena, y el segundo se guardaba en cajas hechas exprofeso. En la biblioteca de la Catedral figuran varios ejemplares de estas obras de carácter religioso, algunas tan ricamente iluminadas que son una verdadera maravilla.

Se conserva en dicha Biblioteca un acta notarial del año 1408, en la que se describe un Misal que se entregó al Obispo de Valencia, Hugo de Lupia, en un viaje que hizo éste a Perpiñán, para su devolución en caso de extravío, y que dice así: «*Un libre missal, scrit en pergamí, ab cubertes de fust vermelles, empremptades, ab tanquados dargent sobredaurats, ab parechs vermells de seda; en la primera carta de la qual, no ha res scrit...*», *etcétera, etc.*

Estas obras se vendían a precios elevados, y ello justificaba las medidas que se adoptaban para su guarda y conservación. He aquí una nota muy curiosa de los artistas que intervinieron en la confección de un Misal para

nuestra Iglesia Mayor: «lo escribió Cristóbal Torres, lo iluminó Juan Marí, lo hizo Fray Antonio Vives, del convento de predicadores, y pintó la *Sede Magestatis* Perot Johan, por cuyo trabajo se le dieron cincuenta reales».

Aún había otro libro de más precio y de venta menos frecuente, y que indicaba la cultura de aquellos tiempos. Nos referimos a la Biblia, cuya obra se consideraba indispensable para todo erudito y para los que se dedicaban a la predicación y al estudio de la Teología. Se cita el caso del lector de Teología del convento de Predicadores, el Padre Guillermo Algulón, que recogía limosnas para comprar una Biblia que le era muy necesaria, y el Obispo de esta diócesis dió orden en 9 de Marzo de 1350, para que se le entregasen 16 libras que habían de servirle de ayuda. Por 71 florines de oro comunes de Aragón, vende, en 26 de Mayo de 1405, el viceobrero de la Catedral, una Biblia escrita en pergamino, siendo muy raro el inventario de eclesiástico y aun seglar en el que no figurase alguna Biblia.

Se desprende de todo lo dicho en este artículo que el espíritu religioso valenciano no era fariseico, sino que los que lo dirigían profundizaban en los dogmas de nuestra religión y eran personas que rendían al culto toda la

veneración que por su misión trascendental le corresponde. El predicador de nuestros siglos medios quizás fuese menos orador que el de ahora, menos cuidadoso de la forma; pero era mucho más profundo en la doctrina y mejor preparado en disciplinas eclesiásticas.

¿Le obligaba ello un grado de cultura muy elevado de aquella sociedad de la que habían de salir hombres del saber y del entendimiento de Luis Vives, y que en el movimiento renacentista había de ocupar uno de los lugares preferentes?

ES INDISPENSABLE EL USO DEL "AB" EN NUESTRA LENGUA

La lengua valenciana se conserva con bastante pureza, si se tienen en cuenta los muchos agentes que han laborado en contra suya desde mediados del siglo XVI, y el régimen de persecución de que ha sido objeto por parte del Poder central. El mismo esplendor que muchos escritores valencianos dieron a la literatura castellana, fué un golpe que se asestaba a nuestra lengua, pues no eran esos grandes escritores procedentes de la zona castellana de nuestro reino, sino de la más valenciana.

A pesar de todo esto, hemos dicho que nuestra lengua, la popular, difiere poco de la que se hablaba, no en tiempos de la Conquista, que ello sería exigir demasiado, y no hay idioma que resista sin alteración siete u ocho centurias, sino de los siglos XVI y XVII, y así es, en efecto. Pero entre las pocas mellas producidas por todos los agentes que le fueron adversos, ha habido una muy fundamen-

tal y que es causa de no pocas confusiones entre los valencianos indoctos cuando tienen que expresarse en castellano. Nos referimos a la pérdida de la preposición *ab*, que equivale al castellano *con*.

En valenciano hoy las ideas de unión y contenido, que en todas las lenguas tienen una partícula de expresión distinta, y que en nuestra lengua vernácula la tuvo también siempre, se expresan con la preposición *en*. Lo mismo se dice «voy *con* Fulano, que voy *en* automóvil». Decimos nosotros «*Vaig en Fulano*» y «*Vaig en automóvil*», en lugar de «*Vaig ab Fulano*» y «*Vaig en automóvil*». Los escritores, en cuanto son un poco cultos, procuran hacer el uso del *ab*; pero en el lenguaje oral no hay nadie aún que se atreva a introducir esta novedad, mejor dicho, a reintegrarla a nuestra lengua.

No ignoramos que no es empresa fácil esta de meterse a legislar sobre el lenguaje, y menos sobre el valenciano, que hoy no tiene los elementos de propaganda que cualquiera otro idioma, como son los de la escritura; pero bastaría el hecho de las burlas que incesantemente somos objeto por parte de los castellanos, cuando algún hijo de este país incurre en una de esas garrafales, para que pusiéramos remedio.

Porque se da el caso de que ya no se coloca indebidamente el *en* cuando se traduce al castellano, sino que se agrava la cosa si el que habla, queriéndosela dar de bien hablado, se mete a manejar el *con*, porque entonces se arma una ensalada y dice tales monstruosidades, que hay que taparle la boca inmediatamente. ¿Quién no ha oído decir «Me fuí en mi mujer, con un coche a paseo», y cosas por el estilo?

Y todo esto se evitaría volviendo a poner en uso el antiguo *ab*; con ello ganaría nuestra lengua, y evitaríamos el ridículo de las personas indoctas que tienen que traducir (traducir, señores centralistas, así como suena) al castellano sus pensamientos y lo procuran hacer lo más literalmente posible en su lengua, y no sería difícil volver a ese uso si en nuestras escuelas fuese enseñanza indispensable el estudio de la gramática valenciana.

LA CRONICA DEL REY DON JAIME

Pocos reinos podrán vanagloriarse, como el antiguo reino de Valencia, de contar como primer cronista de sus gloriosas gestas nada menos que a un Rey, y con la particularidad de que sea ese Rey el principal actor de los hechos que se describen en su *Crónica*.

Nuestros lectores saben sobradamente que fué el Monarca aragonés don Jaime I el fundador del reino cristiano de Valencia, como lo fué también del reino de Mallorca, pues no sólo conquistó de la morisma su extenso territorio, sino que atendió también cuidadosamente a su buena organización, procediendo al reparto de las tierras y de las casas entre sus soldados, y promulgando sabias leyes que le dieron un carácter completamente propio. Toda esta gloriosa actuación, y la que tuvo que desenvolver en su larga vida, se halla consignada en un libro, escrito por la misma mano del Monarca, libro interesantísimo, no solo porque ha permitido llegar hasta nosotros la historia detallada de la conquista de Valencia, y del brillantísimo reinado de don Jaime, sino también porque esa *Crónica* está escrita en nuestro dulce idioma, en valenciano, la

lengua que hablaba de ordinario el mencionado Monarca, como nacido y educado en Montpeller y fundador de la dinastía que se ha venido llamando de los Reyes catalanes, en contraposición de los de marcada influencia aragonesa.

Valencia, pues, como hemos dicho antes, puede enorgullecerse de que la conquista y la fundación de su reino hayan sido narrados por el glorioso Monarca que fué protagonista de ambos acontecimientos, y le cabe también la inmensa satisfacción de haber sido escrito en la lengua que había de ser del reino, con pequeñas exclusiones aragonesas, y esto en sí tiene tanta importancia que lo debiéramos tener constantemente en el pensamiento todos los buenos hijos del país, cuando se nos pretende arrancar una lengua que es consubstancial con nuestra personalidad, moldeada en la primitiva organización de nuestro reino, y completamente definida en los siglos que le siguieron.

Este precioso libro fué de una extremada rareza en los siglos medios, cuando todavía no existía la imprenta, obedeciendo ello en buena parte a que parece que no podían sacarse copias del mismo, si no eran ordenadas por los Reyes. El Obispo Hugo de Fenollet (1348-1356) regaló un ejemplar al Cabildo de

la Catedral. Pero en aquellos tiempos la afición a lo ajeno estaba tan desarrollada como en cualquier tiempo, y un día, con gran escándalo de todos los prebendados, pudo observarse que el manuscrito había desaparecido, y no obstante las órdenes del Prelado que entonces regía la diócesis, llamado Vidal, a todos los rectores y vicarios perpetuos de las iglesias de la ciudad y de la diócesis, de que el primer domingo, después del mandato, amonestasen al pueblo que quien tuviera o supiese el paradero de «Lo llibre del Rey en Jaume», lo manifestara o entregase en el preciso término de diez días, bajo la pena de excomunión, al subsacrista de dicha Catedral, Guillermo Sabadell, el libro no pareció por ninguna parte.

En 15 de Julio de 1373, el Rey don Pedro el Ceremonioso, tataranieto de don Jaime, regala un nuevo ejemplar de la *Crónica* al Cabildo de nuestra Catedral, según se desprende de esta carta del mencionado Monarca, en la que ordenaba se celebrase el aniversario de la muerte de su ascendiente: «*car lo dia quel dit rey es lo XXVIII dia del present mes, e axi ho trobarets en lo libre de les Croniques que nos donam a la seu de Valencia, e daço ens farets gran plaer e ser vey.*» Y este ejemplar, seguramente, debe corresponder al que se refiere un

recibo de 18 de Abril de 1463, extendido a nombre de Inocencio Cubells, de la ciudad de Valencia, quien cobró del maestro Racional 305 sueldos valencianos «*per los quals com so avengut ab vos, per scriure en pergamins de cabrits hun libre appellat les Croniques del rey en Jacme, en latí, e lo qual libre, yo, demanant e ordenació vostres, he escrit*».

Es muy posible que sorprenda al lector el hecho de que este ejemplar regalado por el Monarca estuviese escrito en latín. La cosa no tiene ninguna importancia si se piensa que en el siglo XIII la lengua sabia era el latín, y en confirmación de esto que decimos, podemos añadir que el día de la fiesta de la Trinidad del año 1314 Fray Pedro Marsili, entregó al Rey Jaime II, nieto del autor de la *Crónica*, en ocasión de que éste concluía de oír misa en el convento de Predicadores de nuestra ciudad, un libro adornado con letras de oro y miniaturas, con arreglo al encargo que le había hecho el mismo Monarca, que era la *Crónica* de su abuelo vertida al latín por primera vez, siendo recibido dicho ejemplar con vivísima satisfacción por parte del Soberano a presencia de gran número de nobles y militares, y del que aún leyó aquel mismo día un capítulo, paseando por uno de los claustros del convento.

EL AMOR AL FORASTERO HA DE TENER SUS LIMITES

Los valencianos somos excesivamente efusivos con el forastero. Bien está la cortesía con los que no siendo hijos de la tierra con nosotros conviven, y no sólo la cortesía, sino algo más, el afecto y toda clase de consideraciones. Lo contrario, seríamos los primeros en censurarlo.

Ese excesivo amor que nos lleva a brindarle toda nuestra confianza, muchas veces de más buena gana que lo haríamos a otro valenciano, constituye ya un defecto, que no es cosa de hoy, sino que arranca de muy antiguo y que ha sido causa de graves decepciones, cuando no de positivos daños.

Ya el sabio humanista Palmireno, en el siglo XVI, decía que los valencianos aplauden con más gusto las cosas extrañas que las propias, y abrazan con exceso a los que viven lejos de aquí, rindiendo una popular adulación a las cosas importadas, desechando y menospreciando las propias. Y esto que decía el

mencionado humanista de nuestra Universidad han venido confirmándolo otros psicólogos que han tratado de escrutar el carácter valenciano.

Este defecto nos conduce a exaltar con más entusiasmo al forastero que al hijo de casa, y se da el caso frecuente de que gocen de situación más privilegiada dentro de Valencia el primero que el segundo, y que lleguemos al extremo de otorgar los puestos más elevados de nuestra representación popular, como la Alcaldía, a personas muy respetables y dignas, pero, a las que les falta la principal condición para ocupar este cargo: la de haber nacido en Valencia, y por lo tanto no sentir las cosas de la tierra con necesaria intensidad y entusiasmo para desempeñarlo, no sólo dejándose guiar por la cabeza, sino también por el corazón.

En Valencia, de hace cincuenta años a esta parte, habrán ocupado la silla presidencial de nuestro Ayuntamiento otros tantos alcaldes, uno por año aproximadamente, entre estos figuran algunos forasteros. De los últimos, recordamos a los señores don Manuel Zabala, don Luis Bermejo y don Juan Avilés, y sin que neguemos sus condiciones de talento y sus cualidades cívicas, ninguno de los tres consolidaron su ciudadanía en Valencia; los tres, guiados de un loable deseo de progresar

en sus respectivas carreras, se trasladaron a Madrid y allí se establecieron.

Y este caso se repite con frecuencia en otros cargos, y entre ellos en los de diputados a Cortes.

¿Quién no recuerda el número de forasteros que han venido representando a Valencia en nuestro Parlamento, lo mismo monárquicos que republicanos? ¿Y quién no recuerda también cómo en muchas ocasiones se han librado verdaderas batallas, llegándose hasta el derramamiento de sangre, por defender a un forastero, contra un hijo de Valencia?

¿No se ha dado el caso frecuente de que valencianos muy distinguidos que llegaron a los más altos cargos de la gobernación del Estado no pudieran nunca permitirse el lujo de tener media docena de amigos, mientras que otros políticos pertenecientes a regiones muy distintas de las nuestras han ejercido tan decisiva influencia que han podido hasta encasillarnos los cuneros más inverosímiles?

Y para que seamos lo que debemos ser, hay necesidad de poner límites a nuestros excesivos afectos hacia el forastero, o vallas al recelo contra nuestros paisanos de cuna.

LAS LENGUAS REGIONALES TAMBIEN SON ESPAÑOLAS

El Gobierno ha resuelto ya la instancia de la Real Academia Española, suprimiendo los académicos regionales, aunque dejando a los que ostentaban esta representación como individuos de número.

No está mal hecha la supresión. Los académicos regionales en esta Academia castellana, eran un pegote, que nada podían resolver en beneficio de los idiomas suyos, y al mismo tiempo constituían un estorbo para la labor de los académicos castellanos. Todos sabemos cómo nació esta idea del Directorio de llevar a la docta corporación los ocho representantes de Cataluña, Valencia, Mallorca, Vasconia y Galicia; aquello fué una satisfacción que quiso darse para atenuar el efecto de la persecución de que eran objeto por parte del Gobierno las mencionadas lenguas, aunque ello constituyera un verdadero contrasentido y se diera de cachetes la reforma, con la actuación gubernativa.

Pero si nos parece acertada la medida de sacar del seno de la llamada Academia Española a los representantes de las lenguas regionales, no significa ello que estemos conformes con que, tanto el Estado, como nuestras corporaciones provinciales, permanezcan cruzadas de brazos en este problema de la lengua; es decir, de que continúe el actual estado de cosas, en que sólo es la lengua castellana la que merece los honores de tener una entidad oficial que la «limpie, fije y dé esplendor», porque no debe olvidarse que si España, según el censo del año 1920, que es el que oficialmente rige, tiene unos veintidós millones de habitantes, más de una tercera parte de este número se expresan en otras hablas, como lo confirma el hecho de que Cataluña tenga dos millones y medio de habitantes, Valencia cerca de dos millones, las Baleares 349.759, Galicia 2.182.963 y Vasconia 1.163.376.

Claro está que no vamos a pedir tres Academias de la Lengua como la Española, una para Cataluña, Valencia y las Islas Baleares, otra para Galicia y una tercera para las Vascongadas y Navarra, no; eso sencillamente sería un disparate. Pero lo que sí tenemos derecho a exigir, es que las Diputaciones provinciales de aquellas comarcas en que se hablen lenguas distintas de la castellana, promuevan

la creación de Academias encargadas de velar por la pureza de aquéllas y de atender a todo lo que con las mismas se relaciona, y que el Estado les dé carácter oficial. Cataluña, Valencia y las Islas Baleares, que en junto tienen unos cinco millones de habitantes, podían tener una Academia, con residencia en Barcelona, y con un número de académicos, cada provincia, en proporción a sus habitantes; y lo mismo Galicia y Vasconia y Navarra.

¿Qué iría perdiendo España con tener cuatro lenguas bien cultivadas? ¿Puede ser ello, en manera alguna, obstáculo para que dejase de saberse y usarse la lengua de relación entre todas las regiones españolas, que continuaría siendo la castellana? ¿No es obra de verdadera justicia que todos los que dependemos de la Monarquía española tengamos los mismos derechos y que no haya privilegios excesivos, que siempre siembran odios?

A VALENCIA SE LE QUITAN SUS REYES Y SE LE ADJUDICAN OTROS QUE NUNCA TUVO

El absorvente centralismo castellano, en su afán avasallador no vaciló en arreglarse oficialmente la historia a su gusto, y así se da el caso de que el orden cronológico de los Reyes de España aparezca hecho sólo pensando en Asturias y Castilla, y prescindiéndose de los demás reinos cristianos peninsulares de la época medieval, y entre ellos del de Aragón.

Valente tiene una historia gloriosísima que comienza con el Rey don Jaime I, al constituirse este reino, después de la conquista por dicho Monarca, y continúa con Pedro III, Jaime II, Alfonso IV, Pedro IV, Juan I, Martín, Fernando I, Alfonso II y Fernando II, en que se unieron, por enlace matrimonial de este último Monarca a Isabel I, los reinos de Aragón y Castilla. Pues bien, no sabemos por qué regla de tres, al realizarse esta unión, los Reyes que sucedieron a Isabel y Fernando hi-

cieron tabla rasa de todos los Soberanos de los distintos reinos peninsulares, y se consideraron sólo sucesores de los Monarcas castellanos.

Con arreglo a este criterio, Valencia tiene que cargarse en la cuenta de Reyes suyos todos los que rigieron los destinos del reino de Asturias y los de las coronas leonesa y castellana; unos cuarenta, contados sin grandes escrupulosidades, y no puede tener la satisfacción de que ni siquiera figure el glorioso don Jaime I, el fundador del reino valenciano, de hecho excluido, pues de ocupar el Trono algún Príncipe de este nombre se le pondría detrás del número uno.

Posible es que haya quien diga que hubiera constituido una gran complicación incluir en ese orden cronológico a todos los Soberanos de los distintos reinos cristianos medievales, como los de Navarra, y hasta los efímeros de Galicia y Mallorca, y hasta los condes de Barcelona y Cataluña. Pasamos porque sea atendible esta razón, pero si así lo hacemos, ¿no se nos viene a la mano esta consecuencia de que lo más claro, y desde luego lo más justo, hubiera sido, y continúa siendo, que al unirse Aragón y Castilla, el Rey Fernando hubiese dejado de ser Fernando II, para pasar a la categoría de Monarca de un nuevo reino, puesto

que aparecía hecha ya la unidad española bajo el cetro suyo y el de su esposa Isabel? Más claro, ¿no debiera comenzar con esta unidad la serie de Monarcas españoles, prescindiéndose por completo para el orden cronológico, tanto de los Reyes de Aragón como de los de Castilla?

Si se hubiera hecho así, el Rey actual de España no sería Alfonso XIII, sino Alfonso II; o de haberse contado los Soberanos de Aragón, como ahora se suman los de Castilla, Alfonso XVIII; pero nunca Alfonso XIII, pues ello a tanto equivale como a adulterar nuestra historia, quitándonos todos los Monarcas de nuestro período más esplendoroso, y dándonos en cambio una colección de Reyes que ni de oídas fueron conocidos en su tiempo por los pobladores de estas tierras valencianas.

LA UNIDAD DE LA LENGUA

Es indudable que las lenguas que se hablan en Cataluña, Baleares y Valencia, son una misma. Sobre esto no hay discrepancia alguna. Podrá haber variantes dialectales, y no muchas, ni muy hondas, producidas por la diferenciación de vida en cada una de estas regiones, y el abandono en que se ha tenido el habla en los pasados siglos, sin centros culturales que preservasen de tanto elemento extraño como la corrompían; pero nada más.

Sentada esta afirmación de que es la misma lengua la que se habla en las tres regiones citadas, debe procurarse por todos los medios posibles, aunque sin «imposiciones centralistas», suavizar aquellas diferencias dialectales, dirigiendo así todos los esfuerzos a conseguir la unidad del idioma.

Se han hecho algunos trabajos en este sentido en Cataluña, pero se han hecho mal; es decir, se han llevado a cabo con sólo miras al habla de aquel territorio. El «Institut d'Estudis Catalans» creó una sección de lengua, al

frente de la cual se hallaba don Pompeyo Fabra, una autoridad lingüística de justísimo renombre, con auxiliares tan eficacísimos como los filólogos Mosén Griera, Barnils, Nicolau y Montoliu, y esta sección, con arreglo a los más modernos adelantos y disponiendo de todo el material científico necesario, fijó unas normas generales, no sólo para Cataluña, sino para todos los territorios en que se hablaba la misma lengua (Valencia y Baleares), normas en las cuales, según Pompeyo Fabra, se habían hecho concesiones al habla de las tres regiones, pero que en realidad de verdad no satisfacieron por completo ni aún en Cataluña, pues se levantaron frente a ellas lo más granado de los escritores viejos, de los consagrados, y de algunos otros de menos edad, y crearon la Academia de la Lengua Catalana.

La Dictadura echó abajo el «Institut d'Estudis Catalans», y la difícil situación por que ha pasado el regionalismo en estos últimos años, dió también en tierra con la citada Academia. En la actualidad, pues, falta ese organismo superior, absolutamente necesario para que cuide de «limpiar, fijar y dar esplendor» a nuestra habla, y ninguna ocasión mejor que ésta para intentar la formación de un organismo que reúna a Cataluña, las Baleares y Valencia.

Por fortuna, en las tres regiones hay filólogos competentes. De Barcelona ya hemos citado a Fabra, Barnils, Nicolau, Griera, Montoliu; en las Baleares está el indiscutible Mossén Alcover y don Francisco de B. Moll, y en Valencia el P. Luis Fullana y don Luis Revert. Estos, entre los más salientes. Y con todos estos técnicos en filología, procurándose que fuera siempre la cabeza y no el corazón ni el amor propio la que mandase, no había de ser difícil trazar un camino que condujese, en día no lejano, a la deseada unidad, y desde luego se conseguiría poner un dique a la corrupción de la lengua.

Este organismo resultaría mucho más útil que la representación que se concedió por el Gobierno en el seno de la Real Academia Española, cuyo «rip» acaba de decretarse con general aplauso.

EL NOMBRE DE LA LENGUA

He aquí, lector, un punto considerado por muchos algo vidrioso, y que nosotros no consideramos que merezca discrepancias entre los pobladores de las distintas regiones en que se habla nuestra lengua.

Si, como decíamos ayer, el catalán, el balear y el valenciano son un mismo idioma, como no habrá nadie que deje de reconocerlo, debe de tener un nombre común. ¿Se le llamará catalán? ¿Habrá de ser valenciano? ¿Le corresponde mejor el apelativo de balear o mallorquín? Véamoslo.

Para los que creen a pies juntillas que el valenciano lo trajeron los catalanes de la Conquista, no hay cuestión: para éstos el nombre común debe ser «lengua catalana». Pero es que hay otro sector, nosotros creemos que un poco más lírico, que asegura que el valenciano nació aquí, como en Cataluña surgió el catalán y en Mallorca el balear, de la misma manera que nació el castellano en las distintas regiones de esta habla. Los que así

piensan son los aferrados a que nuestra lengua se llame «valenciana», y a quienes les rayan las tripas cada vez que a un escritor valenciano, de la época medieval, los catalanes lo catalogan como cultivador de la «lengua catalana».

Nosotros sinceramente creemos que con ello no se nos rompe ningún hueso. Querol, uno de los poetas más inspirados y a la vez uno de nuestros mejores cerebros de los modernos tiempos, no titubeó en llamar a sus versos valencianos «Rimas catalanas»; y el mismo Teodoro Llorente era en esto muy transigente. En último término, cabía pensar que dentro de estas modalidades lingüísticas de catalán, mallorquín y valenciano, los que hablan la primera están en mayoría; y en la actualidad, por el desarrollo y esplendor de sus letras, bien ganado tienen ese primer puesto.

Claro está que ello no ha de significar que hemos de sucumbir y sumarnos, con armas y bagajes a Cataluña; en manera alguna. Como decíamos ayer, la unidad del lenguaje ha de venir mediante una labor lenta y muy bien estudiada entre los representantes de las tres regiones, y sin aspirar a esa unidad absoluta, que no la tiene ninguna lengua más que en el terreno literario; buena prueba de esto que decimos la tenemos en el mismo castellano,

con diferencias dialectales muy pronunciadas, y sin que ello sea obstáculo para que todos lo escribamos de la misma manera.

Nosotros creemos que no debe darse a esta cuestión excesiva importancia, no vayamos a incurrir en la lamentable triquiñuela de algunos alicantinos, muy pocos por fortuna, que se dolían a un gobernador civil de la Dictadura, al organizar los trabajos de la Exposición Iberoamericana de Sevilla, de que la sección de las tres provincias de nuestro antiguo reino tuviese que llamarse valenciana, a lo que añadía la mencionada autoridad civil:

—Créanme ustedes: Si pudieran cambiar el nombre común a las tres provincias por el de Levante, pongo por caso, muchos recelos y susceptibilidades entre las tres provincias quedarían a salvo y la mancomunidad de intereses sería más fácil.

A LAS MADRES VALENCIANAS

Decía el ilustre bibliófilo y excelente valenciano don José Enrique Serrano, con motivo de la reimpresión de la Doctrina del Arzobispo valenciano don Francisco Navarra:

«La multitud de familias que, tanto en esta provincia, como en las vecinas de Alicante y de Castellón, conservan todavía la costumbre de hablar únicamente en valenciano, enseñan, sin embargo, a sus hijos a rezar en castellano; y bien conocidos son los disparates que éstos suelen decir, al recitar como papagayos, en lengua extraña y que apenas entienden, las oraciones que deben ser expresión de las más firmes y arraigadas creencias y de los sentimientos más puros y elevados del alma».

Así se expresaba el señor Serrano hace treinta y tres años en que se reimprimió la Doctrina mencionada, añadiendo que a los padres correspondía principalmente en el hogar enseñar a sus pequeñuelos en valenciano, los primeros rezos, y nosotros añadiremos que

no sólo a los padres, y especialmente a las madres, pues a ellas incumbe esta tarea, sino también a los párrocos de las iglesias, encargados de esas Asociaciones que tienen por misión difundir la enseñanza del Catecismo.

Estas verdaderas necesidades de la religión podrían más fácilmente remediarse si los Prelados de las diócesis donde se hablan idiomas regionales, lo mismo que los que ocupan los cargos más importantes, fuesen hijos del país, porque al amar nuestras cosas, no sólo se darían cuenta de lo que ahora no ven, o no quieren ver, sino que la causa de la religión estaría mucho mejor atendida y la salvación de las almas más garantizada.

Ofrecíamos en nuestro artículo anterior reproducir el Pedrenuestro y el Avemaría del Catecismo de Navarra, y vamos a cumplir nuestro ofrecimiento.

Dice así el primero:

«Pare nostre qui estau en los Cels, sia sanctificat lo vostre sanct nom, vinga a nosaltres lo vostre regne, sia feta la vostra voluntat, axí en la terra com en lo Cel. Donau nos en aquest dia lo nostre pa quotia, y perdonau nostres peccats, axí com nosaltres perdonam als quens offenen: e no permitau que consintam a la tentació, más delliuraunos de tot mal. Amén.»

Dice el Avemaría:

«Deu vos salve, María, plena de gracia, lo Senyor es ab vos. Benaventurada sou entre totes les dones, e beneyt lo fruyt de vostre ventre Jesús, sancta María, mare de Deu, pregau per nosaltres pecadors ara, y en lora de la nostra mort. Amén.»

Estas oraciones fueron compuestas en el siglo XVI, y como pueden advertir nuestros lectores no han perdido su frescura, ni cabe rechazarlas por ser su lenguaje anticuado. Para aquellos que tanto motejan de corrompido a nuestro idioma, es una buena prueba de todo lo contrario.

Además, ¿no sabe a mieles la dulzura de estas oraciones, expresadas en la lengua de nuestra alma? ¡Cuántos seres vivirán apartados de estas enseñanzas religiosas porque no les caben en la cabeza, dichas en lengua distinta de la de ellos!

¡Y pensar lo fácil que había de ser a esas Asociaciones encargadas de enseñar la Doctrina de extenderla, si lo hiciesen en la lengua propia!

POR QUE SE LE PUSO A DON JAIME I ESTE NOMBRE

Es un punto muy curioso de la vida del Conquistador de Mallorca y Valencia.

Nació don Jaime la noche del 1 al 2 de Febrero de 1208, y fué una preocupación de la Reina madre el nombre que había de darse al Príncipe. Fervorosamente cristiana María de Montpeller, quiso que interviniese la Providencia en el nombre del futuro Rey y dispuso que se encargasen doce cirios de igual peso y tamaño, a cada uno de los cuales le puso el nombre de un apóstol, con la orden de que estos cirios se colocasen en la iglesia de Nuestra Señora de las Tablas y se encendieran al mismo tiempo, comprometiéndose a dar a su hijo el nombre del cirio que más tiempo ardiese.

«Y habiendo durado la candela—dice el mismo don Jaime en su *Crónica*—más que las otras, por esto y por la gracia de Dios nos llamamos Jaime.»

Aquella forma de asignar el nombre al fu-

turo Rey, causó gran impresión en todos sus pueblos, los cuales desde aquel instante consideraron al sucesor de don Pedro II, como un ser providencial, a quien el Destino reservaba grandes acontecimientos, como en efecto así ocurrió.

No se olvide que el apóstol Santiago tenía entonces un gran predicamento en el culto de las gentes, cuyas reliquias atraían a España innumerables peregrinos, y que su intervención en la guerra contra la morisma se había considerado de una gran eficacia. Calcúlese con estos antecedentes, la aureola que desde su nacimiento rodearía al nuevo Príncipe.

Otra circunstancia contribuyó a dar mayor realce a su interesante infancia, y fué aquélla el atentado contra su vida, realizado por parientes ambiciosos que no se conformaban con haber perdido sus derechos a la sucesión de la Corona. Cierto día, por un agujero, abierto secretamente en una de las paredes de la Cámara Real, cayó una gruesa piedra sobre la cuna en que descansaba el tierno vástago, sin que por fortuna hiciera más daño que la rotura de dicha cuna y la consiguiente alarma en la Reina y en la servidumbre.

Pocos años después, en 1213, moría la Reina María, víctima de los disgustos que le producían la conducta de su esposo, gestio-

nando del Romano Pontífice el divorcio, y de la deslealtad de sus vasallos de Montpeller, y a los seis meses sucumbía también en la batalla de Muret el Rey Pedro II, quedando el Príncipe en manos del enemigo de su padre, el ambicioso Simón de Monforte, a quien se lo entregara su padre, no mucho antes, como garantía de que contraería matrimonio con una hija de Monforte, sin duda pensando en salvar la naciente nacionalidad que regía, y que se hundió en la desgraciada batalla de Muret.

Como puede advertir el lector, no podía ser más interesante el comienzo de la vida de aquel Príncipe que muy niño ocupaba el trono de Aragón y a quien la Providencia le reservaba un brillantísimo destino.

LA CATEDRA DE LENGUA VALENCIANA RESTABLECIDA

Por iniciativa del Centro de Cultura Valenciana, comenzó a funcionar en nuestra Universidad el día 27 de Enero de 1918 una cátedra de lengua valenciana, regentada por el docto filólogo reverendo Padre Luis Fullana, y que dió origen a la creación del Patronato de Lenguas del mencionado centro docente, como reconocíase en una de las primeras Memorias de dicho Patronato, el cual se apresuró a acoger bajo su manto la cátedra valenciana y a dotarla con una pequeña retribución.

Durante varios años, y dos veces por semana, ha venido dándose esta clase, con un contingente de alumnos, si no lo numeroso que fuese de desear, lo suficiente para despertar la afición a esta índole de estudios, poco amenos, y preparar especializados en la materia. Pero esto, aun con ser mucho, no era todo lo que se conseguía, pues sólo el hecho de ver cobijada en nuestro templo de la cien-

cia la lengua regional, venía a ser como una satisfacción que se le daba, después de los ultraje que durante largo período se le habían inferido, hasta el punto de considerarla por muchos como indigna de expresar el pensamiento culto.

Y entristece pensar que esta misma Universidad, tan alejada de nuestra lengua, fué en su fundación valenciana de pura cepa, y de una gran amplitud de criterio en sus enseñanzas, siendo la lengua oficial que usó siempre hasta el siglo XVIII la regional. Respecto a dicha amplitud de criterio, las Constituciones de los Estudios Generales, publicadas en 1642, decían: *Item perque ab diuereses lectures nos pertuben los estudiants, se ordena, que de S. Lluc a San Joan (que es lo temps dels divers catedratichs ordinaris) ningú puga llegir dins lo estudi, ni fora de aquell, a les hores del catedratichs; pero de S. Joan a San Lluc, podrán ab llicencia del Rector, la materia y a la hora que aquell senyalará, ab tal que no sia la que algú dels catedratichs voldrá o haurá de llegir de la festa de San Lluc seguent en auant. Así mateix podrá lo Rector donar llicencia a algún Doctor pera que puga llegir alguna llicó dende San Lluc a San Joan, ab que no se encontre en hora de algú dels catedratichs, ni la materia que algú de aquells llig*

en aquell any, o te intenció de llegir en lo seguent». Esto comprueba, además, el uso del valenciano como lengua oficial, en nuestra Universidad.

Sobrevino el golpe del general Primo de Rivera. Al pricipio todo iba bien. Los primeros vientos fueron favorables a las ideas regionalistas. Nosotros mirábamos aquello un poco asombrados. Recordábamos que siendo el mencionado ilustre militar Capitán General de Valencia, fué una comisión de «Lo Rat-Penat» a invitarle a los Juegos Florales, y no sólo torció el gesto al oír hablar de regionalismo, sino que francamente expuso su criterio contrario a todo principio que no fuese del más absoluto unitarismo. Sucedió, pues, lo que necesariamente había de suceder, que ya triunfante el dictador y metido en el ambiente de Madrid, tan hostil a toda descentralización, fueron enfriándose aquellos primeros entusiasmos regionalistas, manifestados en Barcelona, para trocarse en sañuda persecución, persecución que llegó hasta Valencia, a la que se le suprimió la cátedra de lengua, como si se tratase de un centro de conspiración.

Derribada la Dictadura, nuevamente el Centro de Cultura se apresuró a dirigirse a la Universidad pidiendo el restablecimiento de

dicha cátedra, que ha sido concedido para el próximo curso.

Debemos, pues, de felicitarnos de que nuevamente se restablezca la cátedra de lengua valenciana, pero esa satisfacción debe demostrarse aún mejor nutriéndose de alumnos su clase y manteniéndola con todo el prestigio que se merece.

CÓMO SE FOMENTA LA CULTURA EN CATALUÑA

En Valencia la mayoría de la gente que dispone de medios económicos no piensa, para la hora de la muerte, más que en la salvación de su alma. No censuramos este criterio. Salvar el alma del castigo eterno es deber primordial de todo buen cristiano.

Pero es que esto no es incompatible con acordarse de la vida cultural en sus diversos aspectos, ya que también se hace una obra muy meritoria ante Dios difundiendo la cultura. Bueno es que para bien de alma se deje lo que en vida, muchas veces, debió darse; pero no se olviden instituciones que pueden prestar grandes beneficios a la sociedad, y que por falta de suficientes recursos no pueden desenvolverse debidamente.

En Cataluña no sucede esto; hay dinero para todo. Gracias a esto los hombres dedicados al estudio cuentan con estímulos suficientes para entregarse con todo entusiasmo a dicha labor cultural. El número de legados destinados a tales fines es muy nutrido, y en este

artículo nos proponemos enumerar algunos de ellos.

El «Institut d'Estudis Catalans» tiene establecidos los siguientes premios: de Francisco Vives, consistente en 5.000 pesetas, y que se adjudica cada cinco años, para un trabajo de investigación histórica de Cataluña; de Isidro Bonsoms, de 10.000 y un accésit de 2.000, cada quince años, a la mejor obra sobre Cervantes; y de Durán y Bas, de 5.000, cada cinco años, a una obra jurídica o social.

El Ayuntamiento: Premio Martorell, de 20.000 pesetas, cada cinco años, a la mejor obra de arqueología de España; de Fernando Alsina, 6.000, cada cinco años, al mejor trabajo de investigación científica en Ciencias físicas; de Pelfort, consistente en dos becas para estudiar instituciones pedagógicas en el extranjero, entre alumnos de la Escuela Normal de Maestros, con un donativo de 4.000 pesetas, al que más se haya distinguido en sus estudios; y de Masana, 20.000 pesetas, cada cuatro años, a la mejor obra ilustrada sobre iconografía o historia de la indumentaria catalana.

Academia de Buenas Letras: Premios de Patxot y Ferrer, cuatro anuales de 2.000 pesetas cada uno, con sujeción a temas de la vida catalana.

Sociedad Económica de Amigos del País: Premio de Angel Baixeras, 1.000 pesetas, a instituciones de carácter benéfico; del doctor Francisco Garí y Boix, 1.100 pesetas, para recompensar actos morales de notable utilidad social; de Brusi Ferrer, importe de los cupones de una anualidad de varios títulos de papel de la Deuda, con destino a la muchacha que a juicio de la Junta lo merezca; del doctor Márques y Matas, de 1.800 pesetas, para el mejor alumno de la Facultad de Farmacia; de doña Dolores Borrell, de 300, al estudiante que, ganándose sus subsistencia, acredite mayor lucimiento en sus estudios; de José Pelfort y Manció, 1.500, sobre un tema de investigación científica; del doctor don José Blanc y Benet, de 1.000, sobre un tema científico catalán; y de Agell, de 2.000, de carácter cultural, y que se viene adjudicando desde hace 63 años.

Fundación María Patxot Rabell: Concede becas para estudiantes catalanes pobres de gran capacidad, con objeto de que puedan proseguir sus estudios, y premios de 10.000 y 5.000 para monografías sobre diferentes materias, y de las que se han publicado ya varias.

Fundación Bernat Metge, iniciada por Cambó, y que tiene por objeto la traducción al catalán de los clásicos griegos y latinos, ha-

biéndose publicado ya gran número de volúmenes.

El premio Creixell, de 5.000 pesetas, anual, a la mejor novela catalana.

Y aun pudiéramos añadir otras muchas más, entre ellas una de Cambó, para conferencias y cursos en la Universidad de París; otra, también de Cambó, para publicar la Biblia en catalán; una tercera, para la publicación en catalán también de la Biblia que están haciendo los monjes de Montserrat, etc., etc.

Este es el cuadro que ofrece Cataluña en favor de su movimiento cultural.

¿Están seguros de que cumplen con sus deberes valencianistas los hijos de esta tierra que, contando con disponibilidades económicas, se olvidan de sostener y fomentar los fines culturales de su amada Valencia?

LA SAGRADA COLINA DEL PUIG, CUNA DE NUESTRA RECONQUISTA

Valencia tiene también su Covadonga, y la tiene en el cercano pueblo del Puig, junto a orillas de nuestro Mediterráneo. En torno de tres colinas que se alzan en una dilatada planicie, alfombrada de verdura, se desarrolló la gloriosa epopeya de la conquista de la ciudad de Valencia por don Jaime I de Aragón. Todavía sobre uno de esos cerros se conservan restos del castillo en que se hicieran fuertes las tropas cristianas, y, perfumando este sagrado lugar, flota una leyenda, que el pueblo va transmitiendo de boca en boca, como recuerdo de las gestas que allí se desarrollaron. Si preguntáis a las sencillas gentes de estos lugares os dirán que en lo alto de la colina a que nos referimos, está la *Patada*, que es un manantial que abrió el caballo del Rey don Jaime al golpear con su casco y en momentos de terrible angustia de los valerosos soldados, por falta de agua.

«Sobre este cerro, y sobre el cerro que se

alza en su falda—exclama Llorente en su «Historia de Valencia»—resplandecerán siempre, hasta que se extingan en los pechos valencianos los sentimientos de la Patria y de la Fe, la imagen gloriosa del Rey Conquistador y las siete estrellas de la Virgen, proclamada por él Patrona de su nuevo reino. Si España fuese menos olvidadiza de sus glorias, en esa colina, doblemente sagrada, se elevaría un monumento a los héroes de la Reconquista.»

Valencia no guarda la debida memoria a ese testigo mudo de nuestras pasadas grandezas, evocadas por el historiador-poeta, que con tanto entusiasmo las cantó en este hermosísimo cuadro, que no resistimos la tentación de reproducirlo :

«Una meseta, en forma de óvalo prolongado, remata la colina, dándole aspecto de gigantesca ciudadela. La escasa vegetación que crece en las rocas de las vertientes, desaparece en aquella explanada, rasa y enjuta. En medio de ella abre su boca la cisterna de la *Patada*; alguna mujer del pueblo acude a llenar su cántaro de aquella agua salutífera. Sobre la escarpa consérvanse restos informes de muros, construidos de tapia, que los siglos petrificaron; y algunos cimientos, apenas visibles ya, indican la división del cercado recinto. Esto es lo que resta del famoso castillo cons-

truido por el Rey don Jaime, ¡ quién pudiera de nuevo levantar sus murallas y sus torres, enarbolar sobre ellas la enseña del Conquistador, poblarlas y guarnecerlas con aquel puñado de varones valerosos, que aquí, rodeados por todas partes de enemigos, amenazaban temerarios a los sarracenos de Valencia! ¡ Quién pudiera ver, en medio de aquellos rudos guerreros, al brioso Monarca, y escuchar las enérgicas arengas con que encendía sus ánimos cuando desmayaba su esperanza!

Hoy la soledad y el silencio reinan en la histórica montaña; nada recuerda aquellas formidables luchas; la naturaleza sonríe; el sol inunda tierra y mar con luz deslumbradora; la brisa vivificante de las playas vuela sutil, templando la fuerza de sus rayos; la pupila apenas puede resistir tanta claridad, ni abarcar la extensión del panorama, brillante y resplandeciente por todas partes; el mar es de azul-turquí; el campo, de verde-esmeralda; las casitas que lo pueblan, de alabastro blanquísima. A la parte del Mediodía, la huerta parece una ciudad inmensa, envuelta entre la arboleda de un parque ilimitado, y en el fondo, cortan la línea luminosa del horizonte los cien campanarios de Valencia, agrupados en torno del majestuoso Miguelete.

Todo es apacible y tranquilo en este cua-

dro; no se nota más movimiento que el momentáneo relampagueo de alguna azada herida por el sol, el lento paso de los carros por el camino Real, o la blanca y rastrera nubecilla, triunfal penacho de la locomotora, que rápida avanza en línea recta, cortando los campos; no se oye más ruido que el lejano repique de alguna campana, que lanza sus vibraciones metálicas en el ambiente puro y sosegado. Todo convida a la reposada meditación; todo nos ayuda a evocar los fastos de la Patria.»

Y, sin embargo, hoy la inmensa mayoría de los valencianos desconoce estos lugares, o por lo menos no los ha visitado, ni nuestras Corporaciones oficiales se han preocupado de ellos.

Insistiremos acerca de este punto.

LA ERMITA DEL PUIG

Nuestros lectores han de perdonar si estos pequeños artículos no llevan la disciplina de la sistematización, y si el autor de ellos salta de unos asuntos a otros, y dentro de esta variedad de temas unas veces se limita a vulgarizar hechos de nuestra historia, y otras se permite deducir consecuencias y formular juicios. Con ello no hace más que contribuir al despertar regional del alma valenciana, suministrando diariamente su granito de arena al acervo común.

Muchos de los lectores de *Las Provincias* conocen la pequeña ermita, dedicada a San Jorge, situada en las afueras de la villa del Puig. Esta ermita conmemora una de las batallas que precedieron a la toma de la ciudad de Valencia, por las huestes del Rey don Jaime.

Resuelta la conquista de este reino por el Monarca aragonés, irrumpió éste su territorio, haciéndose fuerte en el castillo del Puig, donde dejó ochenta caballeros, treinta freires del Temple y dos mil peones, al mando de su

tío materno don Bernardo Guillén de Entenza, cuyas fuerzas hostilizaban frecuentemente a los moros de Valencia.

Cansado el Rey de Valencia, Zeyan, de las audacias de aquél número de soldados cristianos, sigilosamente reunió todas sus fuerzas y las del reino de Murcia, y se dispuso a caer de improviso sobre el Puig. Por fortuna un cautivo cristiano, la noche antes, se presentó en la fortaleza de Guillén de Entenza y dió cuenta de los propósitos del rey moro, y luego de acaloradas discusiones, entre los caballeros que se albergaban en el castillo, referidas por el cronista Desclot, acerca de si había de hacerse frente al enemigo, o abandonar el campo, se resolvió mantenerse en aquel lugar a todo trance.

A la mañana siguiente, confesaron y comulgaron todos los fortificados en el castillo, y poco después vieron avanzar un poderoso ejército. Guillén de Entenza, al frente de cincuenta caballeros y mil infantes, salió al encuentro del enemigo, entablándose cruentísima lucha, en la que parecía iban a llevar la peor parte las huestes del Rey don Jaime; pero en el fragor del combate rasga los aires el toque de cornetas, y vese aparecer por entre las colinas un nuevo ejército, enarbolando gran número de banderas y con ellas el estan-

darte real. Aquella aparición desconcierta a la morisma, que se cree en presencia de nuevas fuerzas cristianas mandadas personalmente por don Jaime, e inicia la desbandada. Las fuerzas que así se presentaban no eran las que creyeron los moros, sino el resto del ejército acampado en el Puig, y dirigido por el hijo de Guillén de Entenza, quien se valió de aquella estratagema de fingir la llegada del Rey para poder salir del apurado trance en que se veían comprometidos. En esta batalla, según Desclot, los moros muertos de pavor pasaron de diez mil, y de los vencedores sólo sucumbieron tres caballeros y ciento cincuenta infantes.

Nada dice la «Crónica del Rey don Jaime» de la intervención de San Jorge en esta batalla, pero pasado algún tiempo surgió la leyenda, y según ella, en los momentos más reñidos de la contienda, apareció el Santo, sobre blanco corcel, en ayuda de los ejércitos cristianos.

Aquí tienes, lector, explicado el origen de la ermita construída al pie de una de las colinas, con la imagen de San Jorge. Durante varios siglos esta ermita fué muy visitada. Todos los años bajaba a ella una solemnísima procesión, enarbolando en ella el síndico de la villa la bandera del «Rat-Penat», concedido al Puig por especial privilegio, y la ciudad le pa-

gaba diez libras por este servicio. Vino luego la revolución de 1868 y acabó con aquella costumbre, y no acabó con la ermita de milagro, pues quedó completamente abandonada, sirviendo hasta de establo para las caballerías.

Por fortuna, la loable iniciativa de un valencianista muy entusiasta, don Juan Pérez Lucia, tuvo eco, y la ermita fué restaurada, y bajo el amparo del Ayuntamiento de Valencia, y la dirección de un celosísimo concejal, don Emeterio Albors, hoy se conserva debidamente aquel patriótico recuerdo, en medio de un diminuto jardín.

No sabemos si ahora, al cambiar el régimen, también habrá cambiado la suerte de esta modesta construcción conmemorativa.

LA LABOR DE NUESTRA UNIVERSIDAD

El joven y ya distinguido publicista don Juan Beneyto y Pérez, discípulo muy aventajado de esta Universidad, nos dedica un artículo, y en él, al lamentarse del abandono en que se hallan los estudios de nuestro Derecho regional, nos excita a que ampliemos la esfera de acción de nuestra campaña y toquemos ese tema.

Nuestra competencia, muy corta, no nos permite ahondar en dicha materia; pero lo que sí podemos hacer es llamar la atención de los buenos valencianos que hoy se agrupan bajo los pliegues de la bandera regional, acerca de lo que sucede en nuestra Universidad, en todo tiempo muy valenciana, hasta el punto de que al celo de nuestro Municipio debió todo su desarrollo y todo el esplendor de sus primeros tiempos. Hoy va perdiendo de día en día los últimos restos de aquel carácter, no por culpa de sus dignísimos profesores, sino porque el centralismo se ha en-

cargado de desvalencianizarla. En las postrimerías del reinado absorbente de Felipe II se presentan los primeros intentos centralizadores, que luego se acentúan en tiempos del funesto Felipe V, quien suspendió el patronato de la ciudad sobre la Universidad. Aún revivió desligada del Poder central algunos años, aunque ya herida por los golpes recibidos, hasta en 1807, en que se impuso ya un patrón para todas las Universidades de España.

La Universidad valenciana, que bien puede afirmarse que en los primeros siglos de su existencia, mientras vivió teniendo carácter propio, era un reflejo fiel de la cultura valenciana, en la que se destacaban sus hombres más eminentes, y por lo tanto atendía muy especialmente a todo aquello que era suyo, fué adquiriendo luego ese patrón uniforme, que no distingue la Universidad de Madrid de la de Zaragoza, ni la de Valencia de la de Sevilla, paralizando todos sus movimientos y convirtiéndolas en organismos sin vida, expedidores de títulos académicos y rompiendo toda la tradición gloriosa de nuestras antiguas Universidades.

Y el mal ha llegado ya a tales extremos, que se ha temido que no pudiesen seguir funcionando dichos centros, y se habla ya de nue-

vas organizaciones, de autonomía universitaria y hasta se pretenden hacer débiles ensayos de estudios de carácter regional, y ahí está aquel en que se tanteaban cátedras de Historia, Literatura y Arte valencianos, y se buscaban hijos ilustres de Valencia para que las regentasen.

Hace unos treinta años los catorce catedráticos que tenía nuestra Facultad de Derecho eran los señores Gadea Orozco (don Vicente y don José), Rodríguez de Cepeda (don Antonio y don Rafael), Llopis, Soler, Olóriz, Salom, Calabuig Bernabé, Gadea (don Eduardo), Testor, Juseu y Gestoso, y de ellos, doce eran valencianos. Hoy de los trece profesores de dicha Facultad, sólo son cuatro valencianos; los nueve restantes no son hijos de esta región.

No significa esto censura alguna contra el digno Claustro actual, máxime cuando del núcleo forastero ha nacido el resurgimiento de los estudios vivistas, pues tanto el señor Riba, iniciador de esos estudios, como los señores marqués de Lozoya, De Benito y Puigdollers, sus más entusiastas mantenedores, aun cuando no son hijos de esta tierra, se están haciendo acreedores a serlo.

Pero bueno es consignar que desde que las Universidades perdieron su nota distintiva,

y se les quiso sujetar a un patrón único, no son ni sombra de lo que fueron, ni pueden cumplir la misión cultural que les corresponde.

Para conseguir las justas aspiraciones expresadas por el señor Beneyto Pérez en su artículo, precisa volver de arriba abajo nuestras Universidades, al amparo del regionalismo.

NUESTRO MUSEO DE BELLAS ARTES

Valencia tiene una tradición artística innegable, que se refleja de una manera especial en la pintura. En todo tiempo pudo recrear el buen gusto con las obras de sus pintores. En la época medieval ya se inicia una escuela valenciana, al contacto con Italia, en los esplendorosos días en que nuestras relaciones con las repúblicas italianas dulcificaban nuestra lengua y nos traían elementos nuevos de vida que adaptábamos al progreso y la cultura de Valencia. Todavía se conservan en algunas modestas iglesias y ermitorios restos de nuestros primitivos, a pesar de la racha innovadora y de mal gusto del siglo XVIII y buena parte del XIX, y de la expoliación hecha en tiempos más recientes por anticuarios y chamarileros. Después tuvimos a Juan de Joanes, los hermanos Ribalta, Ribera, Espinosa, March, los hermanos Vergara, Vicente López, como astros de primera magnitud, y en nuestra época, Sorolla, Domingo, Muñoz Degraín,

des riquezas, tendría una hacienda regional proporcionada a aquellas riquezas, y atendería a todos sus servicios con la holgura debida, y no habría de soportar cada vez que ha de hacer una pequeña reparación en su Museo, o una ampliación, el pasarse meses y meses yendo de un Ministerio a otro, poco menos que si fuera mendigando, y recibiendo no pocos desaires, para conseguir, muy mermado, lo que de derecho le corresponde, y hacemos esta afirmación porque Valencia es una de las que más contribuyen a los gastos públicos de la nación, y porque su desenvolvimiento lo exige.

LA VIRGEN DE VALLIBANA

Pudiera decirse que la región valenciana está habitada por un Pueblo de poetas. Por todas partes surgen las leyendas y las bellas tradiciones; es aroma de poesía el que exhalan nuestras montañas y nuestras huertas; no se puede dar por ellas un paso sin que surja uno de esos encantadores relatos, que la tradición oral ha venido conservando a través de varios siglos.

La sociedad «Lo Rat-Penat» ha organizado para mañana una visita a Morella, con escala en el santuario de la Virgen de Vallibana, muy venerada en todo el Maestrazgo. Un centenar de entusiastas ratpenatistas entonarán aquel himno de Llorente, canto de paz de los excursionistas, cuyo estribillo dice así:

«Som gent honrada, som gent tranquila,
escursionistes del Rat-Penat:
de poble en poble, de vila en vila,
busquem memories del temps passat.»

Y el eco de nuestros valencianistas se per-

derá entre las abruptas y elevadas montañas de nuestro Maestrazgo.

La Virgen de Vallibana es Patrona de Morella, y refiere la tradición que fué encontrada por un pastor al año siguiente de haber sido conquistada por los ejércitos cristianos la mencionada ciudad. Esto sucedía ya bien entrado el siglo XIII. Dice la leyenda que guiado por un mastín el pastor llegó hasta una caverna, de la que salía celestial resplandor, y en ella se encontró la imagen de una Virgen, alumbrada por una vela y teniendo a sus pies unos pergaminos indescifrables. Pero como para la fe no hay obstáculos, bien pronto corrió la explicación: esa imagen fué llevada por el apóstol Santiago a su venida a España; desde los Alfaques donde desembarcó, dirigióse a la ciudad de Bisgarbis, y hallando en el bosque de Vallibana un templo dedicado a Júpiter o Diana, derribó los ídolos, poniendo en su lugar la efigie de María. Poco después se alzaba en este punto un santuario que con reformas y modificaciones ha llegado hasta nosotros.

Vallibana es punto obligado de paso para ir a Morella. Nuestros excursionistas se detendrán allí algunos instantes, los necesarios para oír misa en su templo, y para colocar en el manto de la Virgen la medalla de «Lo Rat-

Penat». Es un homenaje muy delicado y muy patriótico. Aún siendo la iglesia universal, también tiene sus notas regionales, muy especialmente en aquellos antiguos reinos en que el fervor religioso se manifiesta constantemente a través de su Historia.

No es ninguna obra de arte la mencionada imagen. Un historiador la describe así:

«Bajo el punto de vista escultórico, esta imagen, que es de barro cocido, de veinticinco centímetros de altura, y tiene añadidas la mano derecha y el niño Jesús, corresponde a un arte en decadencia. Su abultamiento de formas, y la rudeza de la mano primitiva, a la vez que cierta gracia en la actitud y el natural plegado de algunos paños, permiten clasificarla entre los raros ejemplares de las efigies latino-bizantinas, de que nos ha dejado algunos ejemplares, aunque pocos, la época visigótica. Si esta verosímil conjetura se trocase en certeza, la Virgen de Vallibana, aparte de su carácter religioso, tendría gran valor para la historia del arte español.»

Morella y sus antiguas aldeas, conservan su añeja devoción a esta Virgen, y cada seis años le dedican fiestas solemnísimas, siendo trasladada su imagen a la histórica ciudad del Maestrazgo.

LO "LIBRE DE LA SAVIESA" DE JAIME I

Nuestra lengua, esta lengua que algunos desprecian por considerarla como cosa del arroyo, fué allá por los siglos medios, la que usaban los Reyes de Aragón, y en la que dejaron consignados sus pensamientos, y eso que el idioma sabio de entonces era el latín.

No hace muchos días hablábamos de la «Crónica del Rey don Jaime»; hoy queremos dedicar unas líneas al «Libre de la Saviesa», escrito de mano del Monarca aragonés, y del que han llegado a nuestros días dos ejemplares manuscritos: uno que se conserva en la Biblioteca Nacional de Madrid, y el segundo en la de El Escorial, e impreso por primera vez por don Gabriel Llabrés, en 1908, con motivo del VII centenario del nacimiento del citado Soberano.

El «Libre de la Saviesa» es un tratado de educación de Príncipes, comenzado a escribir en los años mozos de don Jaime, cuando éste, bajo la custodia de los caballeros de la

EL MOVIMIENTO RENACENTISTA LITERARIO

Hoy celebra la benemérita Sociedad valencianista «Lo Rat-Penat», por cincuenta vez, sus Juegos Florales. Instituidos en 1879, dejaron de celebrarse, a causa de la epidemia colérica en dos años distintos, y por ello los de esta tarde marcan el cincuentenario.

El movimiento renacentista valenciano surgió en nuestra región a mediados del siglo XIX; Llorente, el autor de los «Llibrets de versos», en el prólogo de esta obra, dice cómo nació. Era jefe de la Biblioteca de nuestra Universidad don Mariano Aguiló, uno de los precursores del movimiento renacentista catalán, y cursaban la carrera de Derecho, Querol y Llorente. Muchas mañanas los dos estudiantes, entre clase y clase, subíanse a la Biblioteca en busca de Aguiló para escuchar de sus labios aquellas primeras poesías del modernísimo movimiento literario, y sentir las primeras vibraciones de sus entusiasmos regionalistas. No tardó en prender la semilla, y en

1857, por primera vez, en la Sociedad literaria El Liceo, centro de toda la intelectualidad valenciana de entonces, celebrábanse unos Juegos Florales en que se señalaban temas y premios para la poesía valenciana. A aquel certamen concurrían Llorente, Querol, Labaila, Pizcueta, Ferrer y Bigné y algunos otros escritores jóvenes, los mismos que andando el tiempo, con Llombart, habían de fundar «Lo Rat-Penat» e instituir de una manera definitiva los Juegos Florales, que aún perduran.

Antes de los primeros ensayos de Llorente y Querol, el cultivo literario, desde el siglo XVIII, estaba muy decaído, dominando el estilo chocarrero y siendo los temas casi exclusivos los de carácter festivo. En tiempos de la guerra de la Independencia hubo un fugaz movimiento regionalista de carácter patriótico, y algunos escritores escribieron canciones en valenciano; ya dentro del siglo XIX surge un poeta, Tomás Villarroya; pero es un ave solitaria que canta, entre escritores castellanos, o poetas valencianos cultivadores de la nota festiva, como Bonilla y Bernat y Baldoví. Era preciso que en Cataluña, al impulso primero de Aribau, y después de Milá y Fontanals, Rubió y Ors y Mariano Aguiló, se cimentase bien aquel despertar de las literatu-

ras regionales, para que Valencia siguiese su ejemplo.

Nacieron nuestros Juegos Florales un poco apartados del pueblo. A la musa grosera, chocarreramente vestida, sucedió una poesía algo arcaica y académica. A los poetas cultivadores de esta poesía llamáronseles lemosines, y el pueblo, que no los entendía, se consideró desligado de ellos. Por fortuna este defecto fué corrigiéndose, y Llorente marca la norma del verdadero renacimiento valenciano, con sus poesías que ya llegan al alma de las gentes, y tras él sigue la mayoría de los escritores renacentistas.

A los primeros poetas, sucedieron otros, con intervalos de más o menos brillo, y hoy, debemos reconocerlo, el Parnaso valenciano cuenta con una numerosa y brillante pléyade de poetas, aunque hemos de lamentar que algunos escriban más para Cataluña que para Valencia, en perjuicio de nuestro mismo renacimiento.

Y no se olvide que bien pudiera haber influido, para que nuestro renacimiento poético no haya transcendido a la esfera política, el hecho de que no se supo prender bien el alma valenciana a aquel renacimiento.

EL REAL MONASTERIO DE NUESTRA SEÑORA DEL PUIG

No es posible prescindir de él en esta serie de artículos. Su historia se halla tejida de leyendas y recuerdos tan bellos, que la imaginación vuela transportada por los más puros y dulces ideales, y el corazón se siente confortado y satisfecho. La fundación de este Monasterio va unido al hallazgo de su venerada Virgen, Patrona que fué algunos siglos de todo el reino valenciano. Una noche, los centinelas del castillo del Puig, vieron desprenderse siete estrellas, que venían a ocultarse tras de una colina, y observaron que esto indefectiblemente se repetía varios sábados. Dieron aviso de ello al fundador de la Orden de la Merced, fray Pedro Nolasco, que acompañaba a los ejércitos del Rey don Jaime, y procesionalmente salió de dicho castillo un buen contingente de sus moradores, convencido de que se trataba de un aviso celestial. Y, efectivamente, en el lugar señalado por las estrellas, al caer, hallaron, bajo de tierra, y oculta por

una campana de bronce, la imagen de una Virgen.

Aquella aparición fué considerada por el Rey y por sus huestes como un feliz augurio, y a los pies de la imagen, conquistada Valencia, depositó aquél las llaves de la ciudad, y en aquellos lugares se construyó el vastísimo edificio, cuya mole todavía impresiona la vista del viajero que pasa cerca de ella.

Durante largo período la Virgen del Puig, y por consiguiente este Monasterio, perteneciente a la Orden de la Merced, fueron muy visitados. Se cuenta que el Rey Pedro el Cruel de Castilla, entró en la iglesia de esta casa religiosa, descalzo y casi desnudo, sin más ropa que una camisa y una soga al cuello, y se postró a los pies de la Virgen, agradeciéndole su salvación en una borrasca, cuando bloqueaba con su armada la boca del Júcar. De estos recuerdos reales está lleno el Puig. Del Rey don Jaime aún se conservan la cruz que llevaba en las batallas y una arqueta. Hasta 1868, y desde el reinado de Jaime II, la familia Real todos los años mandaba a la Virgen cuatro cirios de cien libras cada uno. También de Alfonso V se conserva un donativo. El Rey Felipe II lo favoreció mucho.

A fines del siglo XVI fué vuelto a reedificar este Monasterio, tan favorecido por los

Monarcas, y cuya iglesia guarda los sepulcros de Guillén de Entenza, el glorioso héroe que murió en el castillo del Puig, sin tener la satisfacción de ver conquistada Valencia, y al que perteneció el señorío de este castillo, y de Margarita de Lauria, hija del famoso almirante Roger, casada con Guillén. En este Monasterio se vieron por primera vez Felipe III y su esposa la archiduquesa de Austria, que después se casaron en Valencia, y de aquí, detrás de la Virgen, a pie, en actitud penitente, implorando el favor divino para la empresa de la armada Invencible, con un crecidísimo contingente de devotos valencianos, vino a la ciudad el Patriarca Ribera, y en las armariadas de la sacristía se conserva el cuerpo incorrupto del venerable Juan Gilaverto Jofré, el fundador de nuestro Hospital.

Todo esto enriqueció notablemente y dió gran prestigio a este Monasterio, que era famoso en todo el reino, y al que acudían de los lugares más apartados atraídos por la devoción a su Virgen. Aún Felipe IV visitó su iglesia y le concedió el título real. Con la caída de los Austrias se inició su decadencia, y al decretarse la exclaustración, siguió la suerte de todos los conventos, salvándose la iglesia, porque fué declarada parroquia de la villa, aunque perdióse casi todo el tesoro acu-

mulado en el Monasterio y el templo. Completamente abandonado, sirviendo de granero sus amplias estancias, o de albergue a las dependencias municipales del Puig, estuvo largos años, hasta que por petición de *Las Provincias* volvió a él la Orden de la Merced, que actualmente lo ocupa y que ha evitado su ruina completa.

Nada más digno de ser restaurado que este Monasterio, no sólo por los recuerdos que evoca y las glorias que representa, sino también porque aún conserva vestigios de antiguas grandezas. Hoy que tanto se procura el fomento del turismo, porque es una positiva riqueza, no debieran tenerse en tan absurdo abandono Monasterios como el del Puig, que bien restaurado atraería a millares de forasteros, y sería punto de frecuente visita de los valencianos.

Nos devanamos los sesos muchas veces buscando puntos de atracción para el forastero, cuando la historia nos legó un verdadero tesoro, que no sabemos explotar. Verdad es que de esto no tienen por completo la culpa los valencianos, sino aquellos que han hecho todo lo posible para que aquéllos fuesen perdiendo su personalidad, y comenzaron por no enseñarles a que conociesen y amasen su historia.

EL ESTADO SACA DINERO DE VALENCIA HASTA DE LA ENSEÑANZA

Nunca creímos que pudiera considerarse la enseñanza como fuente de ingresos de una nación bien organizada, y esto que lo creíamos así, ha venido a desmentirlo de una manera rotunda lo que sucede en Valencia; bien es verdad que no fué tampoco España, desde que el centralismo absorvió el seso de nuestros gobernantes, modelo de buena organización.

La mayoría de nuestros lectores conoce el edificio donde tiene instaladas sus clases el Instituto de Segunda enseñanza, el cual fué construído en el siglo XVII, para Colegio de estudios por la entonces naciente Compañía de Jesús. A este Colegio se le puso el nombre de San Pablo, y allí estuvo instalado ya bien metidos en el siglo XVIII, un Real Seminario para Nobles, donde recibían refinadísima educación los hijos de nuestras familias más principales, y entre cuyas enseñanzas figuraban la del baile y otras de adorno muy propias de la época. Con la protección espléndida de per-

sonalidades tan elevadas como el Arzobispo Santo Tomás de Villanueva, vivió este Colegio, en poder de los Jesuitas, hasta que, expulsadas las Ordenes religiosas, un catedrático muy influyente, en 1869, don Vicente Boix, cronista de Valencia, y de la Junta Revolucionaria, sacó de la Universidad, donde con grandes apreturas se daban sus enseñanzas, el Instituto, y lo trasladó al vacío edificio de San Pablo. Fué una buena obra en aquel tiempo, en que el Colegio se hallaba en mejores condiciones que hoy, y en que las exigencias modernas no obligaban a la cantidad de clases de hoy, ni acudían a ellas el número de alumnos de ahora. En 1869 el censo escolar apenas si llegaba a unos 1.200 estudiantes; hoy pasa de 3.000.

Han cambiado, pues, los tiempos; lo que era un edificio acomodado a las necesidades de hace bastante más de un siglo, se ha convertido en completamente insuficiente e inadecuado, y natural era que nuestros gobernantes, sin requerimiento de nadie, porque para ello ocupan el puesto en que están, acudiesen a remediar una de las más apremiantes necesidades de Valencia, máxime cuando la liquidación de nuestro Instituto, según la última Memoria de dicho Centro, arroja, cubiertos todos los gastos del mismo, un beneficio para el

Tesoro público de 10.774,80 pesetas. Ya sabemos que con este saldo el Estado no adquirirá ninguna finca, pero el hecho es que mientras algunos servicios de nuestro Instituto están mal dotados, pues falta una biblioteca para uso de escolares, y aún de profesores, y no hay consignación para enseñanzas prácticas, y no se construye un edificio de planta como corresponde a la importancia de Valencia, el Estado llega hasta el extremo de repelarnos esas pesetejas, sin avergonzarse, a lo que se ve, de trocar lo que había de ser una carga pública, en una fuente de ingresos, aunque ésta sólo sea de un hilito tan tenue como el de esas diez mil y pico de pesetas.

Y para mayor baldón hemos de decir que hasta 1889 el sostenimiento de los Institutos corría a cargo de las Diputaciones provinciales, y mientras esto sucedió nuestros catedráticos cobraban mejores sueldos que cuando se encargó de pagarles el Estado, y todo andaba mejor dotado y servido. Pero ocurrió que algunas Diputaciones no pagaban esta atención, y por espíritu de cuerpo los profesores de Valencia se adhirieron a la petición de pasar a ser funcionarios del Estado, formulada por los que cobraban tarde y mal, y la petición fué atendida.

¿No es este otro botón de muestra de los

grandes perjuicios de la administración centralista, y de la absoluta necesidad, si no queremos sucumbir, de que abramos los ojos todos y nos agrupemos en torno de la bandera regional?

LOS RESTOS ROMANOS DE SAGUNTO

El reino de Valencia puede vanagloriarse de que su territorio haya sido uno de los que fueron ocupados por los primeros pueblos que invadieron nuestra Península, elocuentísima demostración de sus riquezas naturales.

Pero no vamos en este artículo a remontarnos a los tiempos prehistóricos, muy envueltos en las neblinas de los siglos, sino que nos circunscribiremos a una época, ya que no cercana, no tan remota que de ella carezcamos de valiosos testimonios: a la época en que España quedó sometida a la dominación romana.

Tiene Valencia de tiempos de los romanos una joya de valor inestimable, la ciudad de Sagunto, por la que no puede darse un paso sin que surja una piedra que pregone la gloria de una antigua Colonia, que entre sus más preciados timbres cuenta la heroica resistencia contra las tropas cartaginesas de Aníbal.

¡Y, sin embargo, de qué poco nos sirve! No hace muchos años decía un eminente his-

toriador valenciano, el cronista de Sagunto don Antonio Chabret, a quien no pagará nunca dicha ciudad y todos los valencianos, cuanto hizo por destacar el valor arqueológico y artístico de la antigua Colonia romana :

«La ciudad saguntina descansa sobre un vasto Museo que hay necesidad de buscar abriendo las entrañas de la tierra si queremos apurar los testimonios de su gloriosa historia. Pero este trabajo resultaría estéril, si el Municipio de Sagunto no se apresura a destinar un local donde se coleccionen los restos de la antigüedad, para evitar que vayan a parar al extranjero o caigan en manos de la ignorancia que los mutile o inutilice. Las lápidas ibéricas y hebreas que estudiaron aquí los arqueólogos del pasado siglo han desaparecido; y la misma suerte han sufrido los arietes, las colecciones numismáticas, las estatuas y los mosaicos. ¡Qué Museo tan digno tendría hoy Sagunto si hubiera costeado debidamente todos los restos en lo que va de siglo !»

El cuadro no puede ser más desconsolador. El poder central no permitiendo que se moviese ni una sola hoja de los árboles sin permiso suyo, trajo consigo este abandono, abandono que tampoco desapareció al iniciarse el actual movimiento en favor de la conservación de los antiguos monumentos y

de las pasadas edades como libros abiertos al estudio.

De Sagunto apenas si se conoce más que el Teatro Romano. El visitante que llega a Sagunto va sólo atraído por el deseo de ver la mencionada construcción, y, sin embargo, allí tiene interesantísimos restos de un circo, de una acrópolis, de una necrópolis, de las antiguas vías romanas, de un templo a la diosa Diana, y no muy lejos de allí, en Almenara, vestigios de un templo erigido a Venus Afrodita y de un campamento; un riquísimo tesoro de la España romana.

Todos los años llegan a la antigua ciudad una importante cantidad de visitantes. En 1929 pasaron por allí 3.797 turistas españoles y 2.515 extranjeros, de los cuales 1.300 eran ingleses, 900 alemanes, 193 franceses, 43 belgas, 18 italianos, 49 holandeses y noruegos, 10 rusos y dos japoneses, y es verdaderamente doloroso que todos estos visitantes, muchos de ellos personas cultísimas, se lleven de los valencianos la triste impresión del abandono en que están nuestros monumentos. No hace muchos días el distinguido escritor don Enrique Tormo, denunciaba el hecho de que amenazaba con venirse abajo un trozo de pórtico del Teatro de Sagunto. No sabemos, a pesar de que tenemos en el Ministerio de Instruc-

ción pública a un valenciano amantísimo de nuestra historia artística, como es don Elías Tormo, de que se haya tomado ninguna determinación. El Estado se cree haber cumplido su deber con Sagunto y con Valencia, consignando una cantidad que, según nuestras noticias, no pasa de mil pesetas, para que un conserje guarde el Teatro, y otra pequeña consignación para que el señor González Simancas, ilustre arqueólogo, pueda dedicar todos los años unos meses a ir descubriendo en las entrañas de la colina donde está el castillo, los vestigios de otras edades.

¿No cree el lector que esta labor debiera corresponderle a un organismo regional con fondos propios para atender a todo lo que afecta a la custodia de sus monumentos? Aparte del interés de cultura que representa la conservación de todos esos restos del pasado, ¿qué fuente de ingreso no podría ser para Sagunto y para otras poblaciones de nuestro antiguo reino, hoy que tanta importancia tiene el turismo?

EL CATECISMO EN VALENCIANO

El problema valenciano es hoy de desconocimiento de nosotros mismos. Hemos vivido largos, larguísimos años dirigidos desde Madrid, deslumbrados por el espejuelo de un centralismo que sólo servía para satisfacer, no pocas veces, la vanidad de unos cuantos señores que se erigían en representantes de la opinión pública, y que influidos por aquella equivocada orientación de matar todo germen de vida propia, se reían de lo característico y típico que constituye la verdadera esencia de los pueblos. Estamos seguros de que a medida que se vaya divulgando más todo lo que pueda relacionarse con nuestra personalidad, el espíritu valenciano irá reaccionando hasta levantarse arrogantemente para exigir el puesto que le corresponde dentro de la nación, y se le quiten las ligaduras que no le permiten el amplio desenvolvimiento de su vida.

Publicábamos hace unos días, al hablar de la necesidad que se enseñe a rezar en la lengua del país a los niños que habitualmente se expresan en esta lengua, por sus madres y sus maestros, un Padrenuestro y un Avemaría del

siglo XV, cuyas oraciones en valenciano nos consta que han sido recortadas y guardadas por muchos de nuestros lectores. Hoy podemos añadir que aquellas versiones a nuestro idioma no son únicas. En nuestra región se rezó en lengua valenciana durante algunos siglos, hasta que el centralismo impuso su habla. Además de las oraciones de los siglos medios, en uso cuando dejó de rezarse en latín, tenemos un excelente catecismo de fecha muy reciente, tan completo que lleva hasta la Letanía en valenciano. Se publicó en 1907, y el pie de imprenta es de la casa de J. Ortega. Dice así en su portada: «Catecisme de la Doctrina Cristiana. Edició valenciana-castellana, revisada y aprobada per l'autoritat eclesiástica.— Valencia. Imp. i litografía de J. Ortega. 1907.» Se trata de una versión valenciana del Catecismo del Padre Vives, precedida de una bellísima canción de Mosén Verdaguer, con música del maestro Giner y completada con un corto devocionario.

He aquí el Credo y la Salve valencianos, transcritos de esta edición.

«Yo crech en Deu Pare Omnipotent, Creador del cel i de la terra; i en Jesucrist, son Fill únich, Sinyor nostre, qui fon concebit del Espirit Sant; naixqué de María Verge; patí baix Ponci Pilat; fon crucificat, mort i

sepultat; devallá'ls inferns; al tercer día resucitá de la mort, se'n putjá'l cel, s'asentá a la dreta de Deu Pare Totpoderós; d'allí ha de vindre a judicar als vius i als morts; crech en l'Esperit Sant, la Santa Iglesia Católica, la Comunió dels Sants, lo perdó dels pecats, la resurrecció de la carn, la vida eterna. Amén.»

La Salve:

«Salve, ¡oh, Regina!, Mare de Misericordia, vida dolsor i esperança nostra, ¡salve!... A tú recorrim los desterrats fills d'Eva; a tú suspirem, gemecant i plorant, en este vall de llágrimes; ea, puix, advocada nostra, torna a nosatros aquells tos ulls misericordiosos, i demprés d'este desterro, amóstramos a Jesús, fruit beneit del teu ventre. ¡Oh, clement! ¡Oh, piatossa! ¡Oh, dolça Verge María! Prega per nos, Santa Mare de Deu, pera que mos fem dignes de les promesses de Crist. Axí sia.»

Nosotros creemos que para evitar la diversidad en el rezo, debiera nombrarse por nuestro Prelado una comisión que se encargase de estudiar los diferentes Catecismos valencianos que se conocen y de proponerle uno para que fuese autorizado, si es que este del año 1907 no se considerase bastante apropiado.

LOS BARONES DEL REINO VALENCIANO

Es posible que mucha gente, ante la denominación común de «títulos de Castilla», aplicados a todos los nobiliarios de España, llegue a creer que no hubo más nobleza en nuestra nación que la que se creara en Castilla, y que los demás reinos estaban poblados por una colección de pelagatos, que no tenía sobre qué caerse muerta.

Y nada más equivocado. La Corona de Aragón, por no citar otros reinos, tuvo una nobleza rica y poderosa, y en muchas ocasiones tan altiva o más que la castellana, y de ella salieron hombres esforzados en los armas, como eminentes en las letras. Pero el centralismo, que todo lo avasallaba, quiso también absorber la nobleza de todo el territorio nacional, y en vez de llamar títulos de España, a partir de la unidad, los llamó de Castilla, con una mansedumbre, que no sabemos cómo fué tolerada, por los interesados.

En Aragón, y al hablar de Aragón comprendemos también a Cataluña y Valencia, de-

bido a la influencia extranjera, aparece un título de nobleza que no se da en el resto de la Península, y que es el más antiguo de dicho reino: el de barón. Cuando don Jaime I conquistó Valencia concedió las primeras baronías, doce, según la tradición de nuestra nobleza, algunas más según los geneologistas, aunque no en gran cantidad. El Monarca aragonés había tenido que luchar con la nobleza feudal de Aragón y la del Mediodía de Francia, y aleccionado con esto, procuró fundar la organización del nuevo reino sobre bases más demócratas, y no sólo cercenó a los barones parte de la jurisdicción civil y toda la criminal, reservando al poder real facultades que no tenía en Aragón, sino que escatimó cuanto pudo el reparto entre los nobles que le acompañaron en la empresa guerrera, al ser conquistado este reino.

Fueron los primeros barones del reino: don Guillermo de Moncada, biznieto de Pedro II, que adquirió la baronía sobre el castillo y villa de Nules; don Pedro Fernández, señor de Albarracín, que la obtuvo sobre el castillo y villa de Chelva; don Pedro Cornel, rico-hombre de naturaleza, sobre el castillo de Villamarchante; don Artal de Luna, de la poderosa casa aragonesa de Luna, fué erigido barón de los castillos de Paterna y Manises;

don Ximeno Pérez Tarazona, barón de Arenós y Andilla; don Gauterio, caballero romano, de Torres-Torres y Serra; don Juan González de Heredia, de Asuevar; don Berenguer de Entenza, de Chiva y Pedralva; don Rodrigo de Lisana, de Montroy, Macastre y Buñol; el Infante don Fernando, del castillo y villa de Liria; don Ximeno de Toviá, de Montserrat; En Carroz, noble sajón, del castillo y villa de Rebollet; don Raimundo de Rocafull, pariente del Rey y descendiente de los antiguos señores de Montpeller, del castillo y honor de Corvera; don Diego Crespi, del lugar de Sumacárcel, y Sancho Pina, infanzón de Jaca, de Benidoleig.

Como puede observar el lector, entre estos primeros nobles valencianos, figuran muchos extranjeros, y ello obedecía a que al llamamiento de don Jaime, no sólo acudieron, con sus tropas, caballeros de sus Estados, sino algunos otros extranjeros, siempre propicios, unas veces por su fervor religioso, y otras por espíritu aventurero, a tomar parte en estas empresas contra el agareno, y a todos extendió el beneficio de la conquista del nuevo reino.

De las antiguas baronías del reino (no del Rey, que éstas no tuvieron nunca jurisdicción territorial), vinculadas en los actuales posee-

dores, figuran, del siglo XIII, la de Cortes de Pallás de 1232) y hasta hace poco el título nobiliario más antiguo de España; las de Beniparrell y Borriol, del siglo XIII; Bétera, Bicorp, Picasent, Terrateig y Torres-Torres, del XIV; Náquera, Carrícola, Callosa, Cárcer, Alcácer, Almiserat y Cheste, del XV, y Antella, Llaurí y Montichelvo, del XVI.

Puede, pues, vanagloriarse también Valencia, a pesar de que ha querido arrebatarse a su clase noble el nombre de ella, de que el título nobiliario más antiguo, de los que actualmente se conservan, es de este reino.

LOS GRANDES ESTADOS JURISDICCIONALES VALENCIANOS

En Valencia no hubo señores de horca y cuchillo. Esto lo podemos decir con orgullo. La nobleza valenciana no tuvo el carácter feudal de la castellana, ni aún el de la aragonesa.

Aún pudiéramos decir más; nuestra nobleza, aunque con excepciones, no fué nunca de las que se distinguiera por su espíritu aventurero y su afán de guerrear; más hombres dió a las ciencias, a las letras y a la Iglesia, que a las armas.

En el reino de Valencia, como en el resto de España, había grandes estados jurisdiccionales en manos de la nobleza. A los primeros señoríos, que se circunscribían a la posesión de un pueblo, y a las baronías, que alcanzaban a toda una comarca, comprensiva de varios pueblos, sucedieron otros estados mayores: los ducados, marquesados y condados.

De estos grandes estados podemos citar: el marquesado de Oliva, de 1436, perteneciente a la familia de Centelles; el condado

de Cocentaina, de 1448, a la de Ruiz de Corella; el ducado de Segorbe, 1476, a la Casa Real de Aragón; el condado de Almenara, 1483, a la familia de Ferrer de Próxita; el ducado de Gandía, 1483, primero de los duques reales y después de los Borjas; marquesado de Denia, 1484, a las familias de Sandoval y Rojas; marquesado de Albaida, 1605, a la de Milán de Aragón; condado de Nules, 1636, a la familia de Centelles y el ducado de Liria y Jérica, 1707, concedido al duque de Berwick.

También debemos incluir en estas primeras relaciones de nuestros títulos nobiliarios las pertenecientes a otros estados jurisdiccionales, que fueron primero señorías y más tarde se elevaron a títulos del reino. Estos son: marquesados de Elche, 1520; Villores, 1523; Llombay, 1530; Navarrés, 1533; Guadalest, 1543; Dosaguas, 1699; Bélgida, 1753; Montortal, 1790, y condados de Buñol, 1604; Carlet, 1604; Albalat, 1626; Olocau, 1628; Geltalgar, 1628; Cirat, 1629; Faura, 1647; Parcent, 1660; Alcudia, 1669, y Rótova, 1800.

Todos estos títulos son genuinamente valencianos, y nada tienen que ver con Castilla, y resulta un verdadero contrasentido que se llamen así, cuando pudo dárseles el nombre de títulos españoles, que es la denominación

que mejor les cuadra, desde el momento en que se hizo la unión de Castilla y Aragón, y esta unión no se llevó a cabo por derecho de conquista.

Hoy van siendo pocos los títulos del reino valenciano (no del Rey, que, como dijimos ayer, son cosa distinta, pues estos títulos eran los concedidos por la gracia de los Soberanos, sin jurisdicción territorial alguna) que no han ido a manos forasteras. Muchos de los más preciados ornan algunas casas de la aristocracia de la Corte. Verdad es que con las leyes desvinculadoras, la nobleza experimentó un golpe de muerte, y hoy se va manteniendo en algunos casos, mediante enlaces con gente acaudalada; es decir, con los grandes industriales y negociantes.

Pero, ¿qué recuerdos no evocan muchos de esos títulos en la memoria de todos los buenos valencianos amantes de la Historia? ¡Y cuántos ruinosos castillos y palacios esparcidos por todo el reino no pregonan el brillo de la antigua nobleza valenciana, a la que parece que han querido quitarle hasta lo más preciado, el solar en que sus mayores se desplegaron y obtuvieron su brillo!

VALENCIA DEBE SU INMENSA RIQUEZA AGRICOLA NO SOLO A SU SUELO Y SU CIELO, SINO TAMBIEN A SUS BRAZOS

Es muy general creencia la de que si los valencianos tenemos una inmensa riqueza, se lo debemos exclusivamente a las excelentes condiciones de nuestro suelo y a este cielo tan maravilloso, por el que triunfalmente hace su recorrido diario el astro-rey, y nada más fuera de la realidad. Valencia, efectivamente, tiene aquel suelo y este cielo, pero de poco le servirían si la mano del hombre no hubiese puesto la tierra en condiciones de cultivo.

Y buena prueba de lo que decimos, es que otras regiones de España disponen de suelo y cielo, como nosotros, y sus extensas planicies están dedicadas a paseos, cuando no están completamente improductivas, a pesar de que son cruzadas por ríos de abundante caudal, y siempre que se habla de hacerlas productivas se piensa en seguida en la protección oficial.

La provincia de Valencia tiene una exten-

sión de 1.095.111 hectáreas, de las cuales, en 1911, época en que tenemos a la vista un estudio del ingeniero don Rafael Janini, titulado «Datos de riegos con aguas subterráneas elevadas por maquinaria en la provincia de Valencia», el número de las que se cultivaban con riego era el de 104.500.

Para conseguir este resultado, nuestros antepasados construyeron la Acequia Real del Júcar, que tiene una longitud de 52 kilómetros y que riega 18.816 hectáreas; las ocho acequia que toman el agua de nuestro río Turia, llamadas de Tormos, Cuarte, Mislata, Favara, Mestalla, Rascaña, Robella y Moncada; la importante Acequia Mayor del Palancia y el canal de Benisa de Gandía y otras muchísimas acequias. Algunas de estas construcciones datan de tiempo de los romanos, pero otras, como la Acequia Real del Júcar, son de época muy posterior del siglo XIII.

Mediante una sabia distribución, las aguas de nuestros ríos, el Júcar y el Turia, fecundizan la mayor parte de esas 104.500 hectáreas; pero no se ha contentado con esto el laborioso e inteligentísimo agricultor valenciano, sino que ha buscado en las entrañas de la tierra el agua que necesitaba, y, usando toda clase de artefactos, desde la rudimentaria noria hasta la máquina más perfeccionada, consi-

gue sacarla a flor de tierra y llevarla a sus campos. En los comienzos de la segunda mitad del siglo pasado, se instaló para un huerto de naranjos del señor Marqués de Montortal, en el término de Carcagente, la primera máquina de vapor para accionar bombas; hoy el número de huertos que utilizan este procedimiento es incontable. Y téngase en cuenta que estas tierras hoy plantadas de naranjos, cuando eran secanas valían de 120 a 500 pesetas, y hoy tienen un valor de 1.000 a 3.000; todo debido a la mano del hombre. En el año 1911 las hectáreas que se regaban por elevación de agua eran 11.500, dándose el caso de que, gracias a esto había población de 100 vecinos, cuyo término no excedía de 40 hectáreas, y podían citarse ejemplos, y continúan dándose, de sostenerse una familia con el producto de una parcela de 16 áreas de superficie.

Pues bien; ahora podemos añadir que desde 1911 a 1929, o sea en diez y ocho años escasos, la zona de riego en nuestra provincia, de 104.500 hectáreas, que era en la primera de dichas fechas, se ha elevado a 143.600, según estadística publicada el pasado año por el ingeniero jefe de la sección del servicio agronómico de Valencia señor Janini, o sea ha experimentado un aumento dicha zona de 39.100 hectáreas, que equivalen a un incre-

mento de riqueza de muchos millones de pesetas.

Y cuando se consigue obtener una riqueza agrícola como la que tiene Valencia, a fuerza de rascarse mucho la cabeza y de llenarse las manos de callos, se ha de tener derecho a pesar un poco donde se confeccionan las leyes, o mejor dicho, se tiene bien ganada la autonomía necesaria para crear organizaciones completamente propias que velen por la conservación de tan inmenso caudal, y no estar a merced de un gobernante que en la mayoría de los casos no sabe distinguir un naranjo de un algarrobo.

NUESTRA RIQUEZA NARANJERA

Valencia cuenta con una fuente de riqueza copiosísima, de la que viven centenares de pueblos y sobre la que se asienta casi toda su prosperidad; nos referimos a la producción naranjera.

Ello es causa, debido a nuestra defectuosa organización política y administrativa, que el naranjero valenciano se pase la vida poco menos que temblando, porque tan copiosos intereses se hallan siempre en manos de personas que no conocen lo que pesa dicha producción en la economía nacional, ni tienen idea de esta clase de problemas y sólo viven atentas a una ideología política de hace cincuenta o más años.

No tenemos datos de la riqueza naranjera más que de nuestra provincia; pero esto nos basta para ofrecer al lector una idea de ella en toda la región valenciana, pues basta que la añada una cantidad proporcional, para que la tenga comprendida toda ella.

En la provincia de Valencia hay actualmente en plena producción 23.300 hectáreas

de tierra, cuyo fruto alcanza el valor de 34 millones de pesetas; 5.600 hectáreas de naranjales jóvenes, que hoy sólo producen unos ocho millones de pesetas, y 4.500 hectáreas más que no dan aún ningún provecho. A estas 33.400 hectáreas, se puede añadir la superficie plantada de mandarinos, que asciende a unas 2.000 hectáreas en plena producción y 100 de naranjos jóvenes, con un rendimiento de doce millones.

Resulta, pues, que hoy la cosecha de la naranja en nuestra provincia da 54 millones de pesetas. Pero es que la naranja no se envía directamente de los huertos al consumidor, sino que antes ha de pasar por una infinidad de operaciones que va aumentando su valor, y dejando dinero en muchas manos. Los 8.250.000 quintales métricos de la cosecha producen un gasto de recolección y acarreo, desde el pie del árbol al almacén, a 1'50 el quintal, de 12.375.000 pesetas; la madera, confección, acarreo, estiva, etc., correspondientes a unos diez millones de medias cajas, a 6'75 por caja, suman 67.500.000 pesetas, y los gastos de confección y acarreo al vagón, para la naranja a granel, a dos pesetas quintal métrico, calculando unos 35.000 vagones de a cinco mil kilos, ascienden a 3.500.000 pesetas. Total de todos estos capítulos, 83.375.000 pesetas, desde

el árbol hasta el puerto, que sumados con los del valor de la cosecha, se elevan a 137.375.000 pesetas.

Tenemos que, echando por bajo, el valor de la riqueza naranjera de la provincia de Valencia se eleva a 137 millones. ¿Será mucho añadir, si le asignamos a Castellón y Alicante, dos terceras partes de lo que produce Valencia, o sea unos noventa millones.

Tendremos entonces para toda la región un total de 261 millones.

Y aún no concluye aquí todo el movimiento de riqueza que produce esta cosecha, sino que hay que añadir todos los gastos de cultivo, que se traducen en una enorme cantidad de jornales, que constituyen el pan de invierno de muchos miles de familias, y el valor que supone las materias fertilizantes que se emplean, que bien pueden calcularse, a unos cien kilos por hanegada (o sea 12 por hectárea, las 33.400 destinadas a este último en la provincia de Valencia) a veinte pesetas los 100 kilos, que dan una suma de ocho millones.

Pero es que no es esto sólo. Desgraciadamente nuestros naranjales son víctimas de varias enfermedades que hay que combatir con fumigaciones. Hoy la fumigación constituye una poderosa industria, con unos cuatrocientos equipos que disponen de un total aproxi-

mado de 8.500 ó 9.000 tiendas de lona, que representan un capital de unos dos millones y medio de pesetas, y que a más exige para su funcionamiento un capital circulante de unos 24 millones de pesetas. Aún hay que añadir a este capítulo lo que gasta el naranjero en pulverizaciones para combatir las mismas plagas, cuando éstas no ofrecen un gran desarrollo, y que cabe presupuestar en millón y medio de pesetas.

¡ Cuántas veces al escuchar las peroraciones de nuestros hombres públicos hemos pensado en todos estos grandes problemas económicos, jamás rozados por esos políticos que *aspiran a labrar nuestra felicidad* !

NUESTRA INVICTA SEÑERA

En este período de incierto porvenir político, los valencianos se agrupan bajo los pliegues de su invicta y gloriosa «Senyera», símbolo de su personalidad a través de los siglos, desde que por la conquista de don Jaime I quedó constituido el reino valenciano. Y es que en estos instantes, quizás supremos para la vida española, en que la confusión y el desconcierto más grande reina respecto a las nuevas orientaciones a seguir, el buen valenciano se siente profundamente patriota y entiende el patriotismo de la única manera que debe sentirse, pidiendo el reconocimiento de su personalidad dentro de la integridad de la patria, que nunca renegó de su unidad, sino de los malos gobernantes que poniendo en práctica un centralismo odioso, quisieron anular todas las características regionales e imponer las que aquél representaba.

La «Senyera» valenciana representó siempre a Valencia, desde los tiempos del Rey don Jaime, y fué una bandera de combate en defensa de los derechos de la Corona y de los de la ciudad, siendo el primer documento en

que se la cita de principios del siglo XIV, y siempre que había necesidad de defender los derechos y regalías del Soberano, o sus fueros, privilegios, libertades y franquezas, se convocaba para determinado día a la hueste de la ciudad y su término por medio de *cridas*, repique de campanas y a són de trompas y atabales por público pregón, y la bandera de la ciudad se izaba primero en la ventana de la Sala del Palacio Municipal, y poco después en lo alto de la torre de Serranos, o en las que daban paso a la vía que los hombres habían de seguir, para que sirviese de aviso a los mismos y de amenaza a los infractores.

Este acto venía a ser una declaración de guerra al ofensor, porque adoptado el acuerdo por los Jurados de ser sacada la «Senyera», ya no se podía volver a su sitio sin la gloria de haber ganado. Solían hacerse tres *cridas*, y si a la última el ofensor no se rendía, entonces era bajada desde lo alto de la torre con unos cordones de seda y oro y la recibía en un tablado el Racional, quien se hacía cargo de ella. Un historiador, don Vicente Vives Liern, que ha sido quien mejores antecedentes logró recoger de nuestro Archivo municipal sobre nuestra enseña, describe así la salida de ésta a un acto de guerra:

«Brillante era por todo extremo la salida

de las huestes de la ciudad. Ante el numeroso y entusiasmado pueblo que servía de animado marco el valeroso ejército reuníase, y entonces presentábase el Justicia Criminal, jinete sobre brioso caballo, seguido de los Jurados capitanes de la hueste, sostenía, afirmada al arzón de su silla, la bandera invicta, tremolando al viento, majestuosa como la ley, altiva, severa y amenazadora como la justicia que salía a ejecutar.

Acompañaba a la «Senyera», por especiales privilegios, la antiquísima Compañía de ballesteros de la pluma, vistiendo sus blancas sobrevestas con la cruz roja de San Jorge en el centro del pecho, y dábale, además, escolta el vistoso cuerpo de cien jinetes, armados de todas armas, que don Pedro II el Ceremonioso, a suplicación de los Mensajeros y Síndicos de esta ciudad en las Cortes de Monzón, concedió a la misma por su privilegio dado en esta villa a 23 de Julio de 1376, para que fuese custodiada la bandera Real con mayor honor y magnificencia, siempre que aconteciera su salida en servicio del Rey o por ejecución de justicia.»

Esta es la «Senyera» que con tanto orgullo y entusiasmo exaltamos, enarbolada con gloria en las campañas de Túnez y Tremecen, de Nápoles y Sicilia, y en otras muchas, e izada

igualmente con entusiasmo en todos aquellos acontecimientos de carácter ciudadano que daban realce a nuestro pueblo. Al volverla de nuevo a sacar a la pública veneración, como se está haciendo ahora, quisiéramos que ello fuese para reconstituir aquella antigua personalidad, con la natural evolución de los tiempos, y realizado con la dignidad de un pueblo viril que no viene ahora a sembrar discordias, sino a cooperar a la labor de fundir al pueblo español sobre bases descentralizadoras, las únicas que lo han de hacer fuerte, ya que la experiencia ha demostrado que los lazos del centralismo fueron ligaduras; y con ligaduras se ata, no se funde.

Y terminaremos recordando aquellas estrofas del poeta Llorente, dedicadas a nuestra enseña:

Jurem per lo nom del pare,
que es nostre millor espill;
per lo bes que cada mare
li dona a son tendre fill;
jurem per la llar sagrada,
jurem per la etat passada,
jurem per lo esvenidor,
jurem ab fe en la victoria,
lluytar sempre per ta gloria,
¡ Senyera del patri amor !

NUESTRA GRAN RIQUEZA AGRICOLA

Hace mucha falta que el agricultor valenciano se convenza de que en sus manos tiene una gran fuerza, que no sabe utilizarla en su provecho. Y hace falta también que se convenza de que la inmensa riqueza por él creada, está expuesta a perderse, si no sale de su pasividad y no se decide a actuar en defensa de aquella riqueza.

En la actualidad, de las 1.095.771 hectáreas de superficie que tiene la provincia de Valencia, sólo hay completamente improductivas 42.168, cantidad insignificante si se compara con las que tienen las demás provincias españolas.

De aquel millón y pico de hectáreas, 143.600 son de regadío y 345.003 de secano cultivadas, todas las cuales sumadas forman un total de 488.603; a este sumando hay que añadir la superficie destinada a dehesas y montes, con aprovechamiento de pastos y de pinos, que forman un total de 540.000, y la zona ur-

bana, que se eleva a 25.000 hectáreas; total, 1.053.603 hectáreas.

Las 42.168 hectáreas improductivas se descomponen así:

	Hectáreas
Eriales o baldíos permanentes sin pastos	24.000
Riscales	7.100
Canteras...	68
Terrenos pantonosos.	9.000
Terrenos salitrosos...	2.000
Total...	42.168

Decíamos en un artículo anterior que en 18 años escasos habíamos aumentado la zona de cultivo en 39.100 hectáreas, superficie arrancada a la tierra secana, mediante alumbramiento de aguas; o lo que es lo mismo, gracias al esfuerzo de los valencianos, esfuerzo de brazos y de dinero, sin protección alguna del Estado, aunque ello no sea obstáculo para que éste se llame a la parte y por aumento de riqueza exija mayor contribución y recargue los demás impuestos, sin pensar que después del esfuerzo hecho, todavía el cultivador de esos campos tiene necesidad, en muchos casos, de pagar una cantidad elevada por suministrarse esa agua para el riego.

Nosotros consideramos de una injusticia absoluta el dictar leyes de carácter agrario, económico y aún fiscales, para regiones cuyas características son completamente distintas, como está sucediendo ahora, y afirmamos de una manera rotunda que la causa de que el desenvolvimiento agrícola de las distintas zonas agrícolas españolas no sean todo lo próspero que corresponde al esfuerzo del hombre, estriba en ese error de nuestros gobernantes de creer que las mismas leyes agrarias sirven para Valencia que para Castilla; y lo que decimos de Valencia y Castilla, puede aplicarse a las demás regiones de España.

Claro está que no cabe que desde Madrid se dicten disposiciones distintas para las diferentes comarcas, porque aparte de que los hombres de allí no están capacitados en estos asuntos agrarios, se produciría una gran confusión en nuestra legislación nacional, y lo que se impone es una amplia autonomía en muchas esferas, y una de ellas es ésta. Nadie puede conocer mejor sus necesidades que el interesado, y es indudable que nadie ha de legislar mejor sobre agricultura valenciana que los valencianos, creadores de su inmensa riqueza agraria.

NUESTROS PRODUCTOS DEL CAMPO DAN MAS DE 562 MILLONES DE PESETAS ANUALES

El ingeniero jefe de esta provincia agronómica, don Rafael Janini, publicó el pasado año un estudio estadístico muy interesante de la producción agrícola de Valencia. En España se ha descuidado mucho esta clase de trabajos. Ha sido siempre mucho más interesante hacer política, esa política menuda, que otra vez se trata de resucitar, y que fué la causa de que hayamos tenido que pasar por el baldón de sufrir seis años de Dictadura, pues baldón es haber pasado por la necesidad de que se apelase a esa forma de Gobierno, ya que ello significa que España se hallaba en un completo estado de descomposición político y social, contra el cual no cabían mas que los remedios heroicos. Pero volvamos a nuestro asunto.

Del estudio de don Rafael Janini resultan datos muy interesantes, que nos permitirá el autor que reproduzcamos. La distribución de la superficie de la provincia, es como sigue:

SUPERFICIE CULTIVADA

REGADIO

	Hectáreas
Plantas hortícolas.	8.000
Arboles y arbustos frutales.	36.000
Olivar...	590
Viñedo.	1.500
Plantas industriales...	11.650
Raíces, tubérculos y bulbos... ...	17.860
Cereales y leguminosas..	61.600
Praderas artificiales...	6.000
Cultivos especiales.	400

SECANO

Arboles y arbustos secanos.	85.000
Olivar	39.884
Viñedo...	102.500
Raíces, tubérculos y bulbos.	400
Cereales y leguminosas..	117.219
Total...	488.603

DEHESAS Y MONTES

	Hectáreas
Monte bajo con aprovechamiento de pastos...	372.000
Pinar con aprovechamiento de pastos...	168.000
Total...	540.000

SUPERFICIE IMPRODUCTIVA

Eriales o baldíos permanentes sin pastos...	24.000
Riscales	7.100
Canteras...	68
Terrenos pantanosos.....	2.000
Terrenos salitrosos...	2.000
Total...	42.168

Resultan de los anteriores datos el siguiente resumen :

Superficie cultivada...	488.603
Dehesas y montes.	540.000
Improductiva..	42.168
Zona urbana...	25.000
Total...	1.095.771

Todas estas tierras dan la producción que a continuación expresamos:

	Pesetas
Plantas hortícolas	54.005.500
Arboles y arbustos frutales.... ...	197.350.217
Olivar.	21.329.840
Viñedo...	36.762.551
Plantas industriales...	26.847.730
Raíces, tubérculos y bulbos... ...	61.706.608
Cereales y leguminosas..	152.537.856
Praderas artificiales y forrajes...	7.800.000
Cultivos especiales...	2.100.000
Monte bajo y pastos..	1.116.000
Monte alto de diferentes especies y pastos...	1.134.000
Total...	562.690.302

La provincia de Valencia, no el reino, produce en cosechas todos los años por valor de 562.690.302 pesetas, y siendo la población de dicha provincia, según el censo de 1920, que es el que rige, de 933.681, resulta que sólo de la tierra se produce por habitante 602 pesetas con 40 céntimos, y aún falta añadir aquí el valor de la producción industrial y el de su comercio.

Y con ser Valencia tan rica, y tan explotada por el centralismo, se nos niega todo, y la mayoría de nuestros servicios públicos son deficientes y suelen estar pobremente instalados y desenvueltos.

¿A quién se dirá que una provincia que produce, por el esfuerzo de sus hombres, más de 562 millones de pesetas, en sus campos, no hace mucho, en la anterior organización agropecuaria se establecieran cuatro grandes Granjas agrícolas experimentales, una en la cuenca del Ebro (que se suponía sería para Zaragoza), la segunda en la cuenca del Duero (y era la designada a Palencia), la tercera en la del Guadalquivir (ni decir tiene que era Sevilla) y la cuarta en Castilla la Nueva (Madrid), y se prescindiese de una manera absoluta de Valencia?

La mansedumbre ha de tener sus límites, y Valencia, unida y compacta, debe exigir todo a lo que tiene derecho, porque por eso trabaja hasta ser rica.

EN VALENCIA HACE FALTA RECONSTITUIR EL TIPO VALENCIANO

Sí, lector. Quizás te parezca extraña nuestra afirmación y, sin embargo, nada más cierto. En Valencia no nos hemos cuidado de reconstituir el hombre «tipo valenciano», no obstante tener características bien determinadas, características que produjeron en otro tiempo la constitución de un pueblo con su historia y con todas sus notas distintivas. Se ha pretendido crear en toda España un tipo único, y ello se ha hecho, no procurando fundir todos los de las diversas regiones en un crisol para que diese el resultado de todos ellos, sino imponiendo uno a los demás, y de ahí el fracaso, pues mientras unos han continuado puros, no sin un gran esfuerzo propio, otros han quedado tan desfigurados, que perdieron parte de su tipo pristino y no llegaron a alcanzar el que se les trataba de imponer; este último es el caso de Valencia.

Nuestra juventud estudiosa está deseosa de obtener una formación valenciana, pero no

encuentra medios para alcanzarla, y unas veces se va hacia Cataluña, porque cree adaptarse mejor a este medio, y otras se resigna a vivir sin espiritualidad, y esto hay que evitarlo a todo trance, y para ello precisa que nos preocupemos de la constitución de entidades valencianas, en todos los órdenes, que se encarguen de orientar y conducir a toda esa juventud que está deseosa de aprender y ser útil a Valencia, y consecuentemente a España, que al fin y al cabo laborando por las regiones se labora por España.

En Cataluña se constituyó un Centro de Estudios Catalanes que se ha encargado de la formación de sus hombres. Verdad es que tuvo un Prat de la Riva que nosotros no hemos tenido, y que les ha abogado un renacimiento intensísimo que aquí nos ha faltado. En Valencia se quiso iniciar algo en dicho sentido, y se creó el Centro de Cultura Valenciana, pero un Centro sin elementos económicos de ninguna clase, y su labor, en consonancia con sus escasísimos recursos, ha sido pobre. No hace muchos días se nos lamentaba uno de los miembros más conspicuos de dicho Centro que habían tenido necesidad de suspender una clase de paleografía que había comenzado a funcionar, porque para su labor eran necesarios algunos fondos de que no po-

dían disponerse. ¡Y hubo que licenciar a los alumnos!

Ahí tienes, lector, un botón de muestra de la falta de centros de educación valenciana. En Valencia necesitamos paleógrafos para que estudien nuestra copiosa documentación valenciana, donde se halla toda nuestra Historia, y es verdaderamente vergonzoso que hayan de venir de fuera para estudiarlos y descubrirnos. Los pocos paleógrafos que tenemos se han tenido que formar ellos solos, a fuerza de trabajo y de un gran amor a esos estudios, porque no se pretenderá convencernos de que estamos ya bien servidos porque haya en nuestra Universidad una cátedra regentada, eso sí, por un catedrático eminente, pero una cátedra de enseñanza oficial, encuadrada en el patrón, destinado, con otras cátedras, a expedir, en su día, un título académico.

Y esto, aunque no sobre, ni mucho menos, aun cuando deba sufrir también transformaciones, como las están deseando todos los claustros de nuestras Facultades, moldeadas viciosamente, no es lo que necesita y quiere Valencia.

LA ANTIGUA ORGANIZACION GREMIAL

No debe hablarse de nuestra industria presente sin evocar el recuerdo de la antigua organización gremial, creadora de esa industria y su mantenedora durante varios siglos. La industria valenciana puede vanagloriarse de contar con un abolengo glorioso. Y digan lo que quieran los espíritus frívolos, o marcadamente hueros, enaltece mucho, y además satisface el natural orgullo de profesional, una historia brillante.

A poco de ser conquistada Valencia por el Rey don Jaime, surgió la organización gremial de los industriales por oficios. El documento más antiguo encontrado relacionado con esta organización es un privilegio de 1283, o sea 45 años después de la conquista, expedido por Pedro I, en Barcelona, disponiendo que para la organización del Consejo de la ciudad todos los años fuesen elegidos dos individuos por cada uno de los gremios de comerciantes de vara, notarios, marineros, pe-

raires, fresneros, zapateros, sastres, pelliceros, cortantes, cerrajeros, carpinteros, roperos, herreros, pescadores, barberos, corredores, labradores, plateros, aluderos, curtidores y tintoreros.

Estos gremios, a medida que el tiempo transcurre, van adquiriendo más importancia y se crean otros, y dentro de cada uno de ellos se desarrolla la industria que tienen a su cargo con enseñanzas sujetas a bien estudiados planes de aprendices; con su casa social propia, a la que no le falta su capilla, su Patrón, su bandera y con privilegios y prerrogativas que hacen de cada gremio un coto cerrado. Todo esto anduvo muy bien durante algunos siglos, y fué causa de un poderoso impulso de nuestras industrias, como lo demuestra el hecho de que llegaran a reunirse 39 gremios, todos ellos ricos y florecientes, gremios que tomaban parte en todas las grandes solemnidades de la ciudad, con carros triunfales y otros festejos muy celebrados, y que significaban una gran fuerza social, gracias a la organización democrática de nuestra vida política y ciudadana.

Cambiaron los tiempos y las ideas, y se inició la decadencia de esta organización gremial. En 1665, en el segundo centenario de la canonización de San Vicente Ferrer, aún

concurrieron a las fiestas 35 gremios, y más tarde, después de la abolición de los fueros, en tiempos de Felipe V, ya el descenso es más rápido; en 1817 sólo existen ya 25, y en 1855, en las fiestas por el IV centenario de la canonización de San Vicente, el número se reduce a diez gremios.

Hoy de aquel antiguo esplendor de nuestros gremios no queda más que algún que otro retablo de sus capillas, milagrosamente salvado de la codicia de los chamarileros, y conservado en nuestros Museos; el nombre de varias calles, indicador del lugar en que vivían varios oficios, y unas cuantas banderas, hermosos trofeos que todavía vemos desfilar en nuestras grandes solemnidades, al son del tamboril y de la dulzaina. Pero sobre todo esto se guarda aún el recuerdo de un glorioso pasado, recogido por hombres eminentes, como don Eduardo Pérez Pujol, y otros más modestos como el marqués de Cruilles y don Luis Tramoyeres, que hicieron concienzudo estudio de la obra progresiva que realizaron aquellos gremios, hasta el punto de colocar la industria valenciana, en un período de general atraso, a la cabeza de todas las de España y de que alcanzasen la aureola de la celebridad muchos artífices y artesanos.

Lo único doloroso es que aquellos gremios sucumbiesen por no haber sabido evolucionar, arrollados por el desbordamiento de ideas liberales, que trajeron las conmociones políticas de fines del siglo XVIII.

UN CASO DE VALENCIANISMO DIGNO DE IMITARSE

No son frecuentes en Valencia los legados para fines distintos de bien de alma y beneficencia, y ello es de lamentar porque también son merecedores de gran aprecio los de carácter cultural.

Estos días se ha registrado en nuestra ciudad uno de esos legados, pues a la cultura artística afecta la restauración de la pintura de un templo, como determina el donativo en cuestión.

Se trata de una persona de modesta posición social, que ha dejado toda su fortuna, a excepción de varias mandas, a nuestra Catedral, y con destino a la restauración del estucado mural y su dorado; y en el caso de que hubiera sobrante, a la colocación de nuevo pavimento.

Se llama el generoso donante don Manuel Cantos, habitante en la calle de Cabilleros, rentista, fervoroso católico y muy asiduo concurrente a todos los cultos de nuestra

iglesia Mayor. Calcúlase que la cuantía del remanente de la herencia, pagadas las mandas y los gastos de testamentaría, podrá ser de algo más que medio millón de pesetas.

El difunto señor Cantos era ya persona de edad. Sin duda influido por las restauraciones que de pocos años a esta parte se han hecho en varios templos de la ciudad, no ha querido que fuese menos nuestra Basílica; pero conocedor de nuestro carácter, un poco lento para cosas que no nos afectan de momento, ha fijado un plazo de dos años para realizarse las obras de restauración; si transcurridos dichos dos años nada se hubiese hecho, entonces pasa la mencionada cantidad a las Escuelas Salesianas de Valencia.

Claro está que en dicho plazo se cuenta a partir del día en que se haga entrega de la cantidad que resulte de la liquidación de la herencia, pues los bienes de ésta lo constituyen exclusivamente valores fiduciarios.

Según nuestras noticias, el cabildo de nuestra Catedral no tiene aún comunicación de esta herencia, aunque a sus noticias ha llegado de una manera particular; pero nos consta que en cuanto se le entregue el producto de dicha herencia procederá a realizar la restauración, pero una restauración bien

hecha, para que sea una obra duradera, aun cuando con dicha cantidad no hubiese bastante para todo el trabajo, ya que le permitiría confiar en que no faltarían bienhechores para terminar las obras.

El acto realizado por el señor Cantos es de un valencianismo muy acendrado, pues la santa causa de nuestro amor a Valencia se ha de demostrar colaborando a su engrandecimiento, y ello cabe hacerse, no sólo con la inteligencia y la actividad, sino aportándole capitales.

Y hay que pensar que todos estamos obligados a trabajar por el engrandecimiento de nuestra región; y aquellas personas que por privilegio de la fortuna nacieron ricos, y viven sin más preocupaciones que las de cobrar sus rentas, ¿qué menos pueden hacer en beneficio de esta tierra querida, de cuyos encantos han gozado tan apaciblemente, y de sus paisanos, los que dieron el fruto de su inteligencia o el esfuerzo de su actividad, que un puñado de pesetas para alguna obra de carácter cultural, tomando esta palabra en el más amplio sentido?

DISPARATES A GRANEL

A nuestro estimado colega *A B C* le ha salido un historiador que lo menos que merece es que se le encierre en Leganés, y con ello pecamos de excesivamente piadosos, pues no hay derecho de que vaya diciendo, y en un diario de la importancia del mencionado, la serie de disparates que aparecen en un artículo suyo. Ni aun como festiva, tirando a astracanada, cabe admitirse; se lo veda la aviesa intención que encierra. Se llama el articulista G. García-Arista y Rivera, y su trabajo, publicado en el último número dominical de *A B C*, se titula «Corpus Christi. Origen español y aragonés de esta Fiesta».

A parte de que la fiesta del Corpus no es aragonesa, y de este punto ya hablaremos otro día, y aparte también de que mucho de lo que dice relativo a los Corporales de Daroca, de que habla extensamente en su artículo, tampoco es cierto, intercala en su estudio, como incisos que pretendieron sin duda ser mortificantes, y sólo han producido

una carcajada general, los párrafos siguientes.

Va el primero. Agárrate bien, lector, si no quieres caerte de espaldas:

«Y eran campeones ilustres de tal ejército (habla el articulista de la conquista de Valencia por don Jaime), los seis cristianos caballeros (todo en la toma de Valencia fué exclusivamente aragonés: huestes, caudillos, equipos y enseña; Cataluña no existía, ni aún de nombre)».

Como puede advertir el lector, el señor García-Arista nos ofrece noticias que destruyen por completo todo lo que habían dicho hasta ahora los historiadores, y la misma *Crónica* escrita por don Jaime, en cuyas páginas constantemente están nombrando a *Cathalunya* y a los catalanes. ¡Pero es que hasta ignora el articulista la existencia de este libro, en que el monarca da minuciosa cuenta de sus conquistas!

Pero, no entremos en detalles, y vaya el segundo párrafo, que en materia de herejías históricas no tiene desperdicio. Ahí va eso:

«Un precioso documento, que aún se conserva y que fué escrito años después, desde Chiva, por las autoridades de su castillo y villa, relata el hecho en arcaico, encantador, lenguaje aragonés de aquella época (que era

el lenguaje entonces usado en Valencia aunque más tarde la camarilla barcelonesa del Conquistador introdujese mañosamente el lemosín—el catalán no tenía aún existencia, —sugeriendo al Rey la conveniencia de dictar el nuevo Fuero en aqueste habla—así lo hizo Jaime Coll—a fin de obligar al pueblo valenciano a aprenderla si querían conocer sus derechos y sus deberes—¿no sería hoy de justicia volver la oración por pasiva?—lo que ocasionó violentas protestas de las huestes aragonesas, que con su sangre habían conquistado para Aragón el reino moro de Valencia y deseaban se respetase el lenguaje aragonés. Por tales procederes penetró en Valencia la lengua de Oc).»

¿Es posible decir en tan poco espacio más desatinos? Este señor García-Arista está pidiendo a gritos una camisa de fuerza, porque es indudable que se metió en libros sin preparación alguna, y mal digeridas las lecturas, produjéronle el trastorno cerebral que delata su artículo, y que lo más sucintamente posible, para no sustraer la pluma de otros muchos asuntos, pondremos en claro otro día.

EL CORPUS VALENCIANO

Pareceríanos cometer pecado de lesa valencianía si en un día como el de hoy no dedicásemos esta sección a la festividad del Corpus, tan típica en nuestra ciudad, aunque vaya caminando ya hacia su ocaso.

En Valencia tuvo siempre esta fiesta del Corpus gran importancia. Instituida por el Papa Urbano IV en 1263, fué nuestra ciudad uno de los puntos en que más pronto tuvo acogida, celebrándose durante el primer siglo en el interior del templo, hasta el año 1355 en que el Obispo de la diócesis Hugo de Fenollet, de acuerdo con los magistrados de la ciudad, dispuso que todos los años se celebrase una suntuosa procesión, en la cual, según la *crida* de dicho año, «*sien é vajen tots los clergues e religiosos e encara totes les gents de la dita ciutat ab les creus de lurs parroquies*». En el siguiente siglo se suspendió esta procesión general, encargándose de ella cada año una parroquia, pero en 1372 el Cardenal-Obispo de Valencia don Jaime de

Aragón restablecióla y ya no ha sufrido interrupción desde entonces.

Durante varios siglos estas fiestas del Corpus fueron las más brillantes y más suntuosas del año en Valencia. Alcanzó tal importancia, que cuando se trató de agasajar a alguna persona real, repitióse esta procesión, aun fuera de su día propio. Podemos citar tres casos que lo atestiguan: en 1427 en honor de Alfonso III y de doña María, en 1528 para satisfacer los deseos de Carlos I, y en 1585 en honor de Felipe II.

Comenzaba esta Fiesta con la invitación al vecindario por parte de los Jurados, y aquí está el origen de la cabalgata simbólico-histórica actual y que recorre en la mañana de la víspera del Corpus las calles de la ciudad, con su *capellá de les roques*, invitando al vecindario, y el obsequio de los colosales ramos a nuestras autoridades, y seguía por la tarde con la procesión general, procesión precedida de las clásicas rocas, y en la que figuraban infinidad de danzas y misterios, y a la que concurrían los gremios con sus banderas y sus imágenes, las comunidades religiosas que antes de la exclaustración de mediados del siglo XIX eran innumerables, y hubo año que sumaron más de mil doscientos frailes. La ciudad daba a cada religioso

una vela de ocho onzas de peso. Marchaban a continuación las parroquias, con su clerecía, que no era tampoco escasa en otros tiempos, pues sumaba cerca de mil sacerdotes, y cerraban este lucidísimo cortejo el clero catedral, llevando la magnífica Custodia, que según un cronista del siglo XVIII «sin las imágenes de los antiguos sacerdotes, que después se han añadido, pesa 424 marcos de plata y 24 en oro pesa el viril; los diamantes, joyas, perlas, de suma grandeza y piedras engarzadas en ella, se estiman en muy poco menos de cien mil ducados», la nobleza, presidida por el virrey y el pueblo.

Ya en el templo esta procesión, se celebraba la entrada del Santísimo Sacramento con una solemnidad como apenas puede soñarse.

Las fiestas de nuestro actual Corpus no son ni sombra de lo que fueron, pero todavía conservan restos de su antigua solemnidad, y aún el pueblo valenciano las siente en su pecho y lamenta que se hayan ido abandonando y reduciendo.

REMACHANDO EL CLAVO

Acerca de la conquista de Valencia por el Rey don Jaime, ha llegado a nuestros días un libro que es fundamental y de autoridad irrecusable, y éste es la *Crónica* escrita por el mismísimo Monarca aragonés que hiciera suyo todo este reino valenciano y dictara las leyes de su organización. Este libro ha sido reeditado varias veces en nuestro tiempo, y no hay persona medianamente ilustrada que no lo conozca, pues cuantos han escrito sobre el reinado de don Jaime I han tenido necesariamente que consultarlo. Por ello ha de causar asombro que, a base de una catalanofobia siempre injustificable, se pretende falsear la Historia, y que ello se haga en un diario de la importancia y circulación de *A B C*.

Dice el articulista: «Todo en la toma de Valencia fué exclusivamente aragonés, huestes, caudillos, equipos y enseña».

Sobre este punto ahí van unos bocadillos de la obra del barón de Tourtoulon, el mo-

derno cronista del Rey don Jaime, sobre el cual tiene escrita una voluminosa y documentada historia de dos gruesos tomos:

«El ejército sitiador (habla del cerco de Valencia) aumentaba de día en día. Los ricos hombres de Aragón, los magnates de Cataluña, las milicias de las ciudades...»

«Pero la hueste de Barcelona vino por mar y por tierra muy bien y galanamente equipada, con *lins* y galeras armadas, cargadas de vituallas y armas, y se situó muy cerca de la ciudad de Valencia.» El barón de Tourtoulon tomó esto de la «Crónica» de Esclot, cap. XLIV.

«Cataluña no existía entonces, ni de nombre», continúa diciendo el señor García-Arista.

Basta abrir por cualquiera página la *Crónica* de don Jaime para desmentir esta afirmación. Página 19: «*En Narbona exiren gran partida de nobles de Catalunya, e dels ciutadans, e reeberen nos, e nos podiem hauer la ora vj.anys e... E agren acort can foren en Catalunya.*»

Sigamos adelante.

Dice el señor García-Arista:

«El lenguaje usado entonces en Valencia era el aragonés, aunque más tarde la camarilla barcelonesa del Conquistador introdu-

jese mañosamente el lemosín; el catalán no tenía existencia aún.»

Copiamos de Tourtoulon: «Los catalanes vinieron en tropel a poblar la ciudad que habían abandonado sus antiguos habitantes, y muy pronto se formó en aquel país un nuevo dialecto de la lengua catalana.»

Dice Teodoro Llorente, otro historiador bien reputado:

«En el repartimiento de la ciudad de Valencia tuvieron porción todas las clases, nobles y plebeyos, clérigos y seglares, pero muy principalmente el elemento popular. Industriales y artesanos catalanes que habían formado parte de las milicias de las ciudades, o vinieron luego a buscar fortuna, ocuparon las casitas y los talleres de los moros. Los industriosos catalanes constituyeron el núcleo de la población, y dieron su idioma a la capital y a la mayor parte del nuevo reino.»

Y continúa así el señor García-Arista:

«...sugiriendo al Rey la conveniencia de dictar un nuevo Fuero en aquesta habla—así lo hizo Jaime Coll—a fin de obligar al pueblo valenciano a aprenderla si querían conocer sus derechos y sus deberes...»

Contesta el historiador Llorente a eso de la «camarilla»:

Ofreció (habla de don Jaime) al nuevo

reino un código también nuevo, y para formarlo, reunió una consulta de siete Prelados, once barones y nueve prohombres ciudadanos. Entre los primeros estaba quien había de ser el verdadero autor de los Fueros de Valencia: don Vidal de Canelles, Obispo de Huesca, y «nuevo Triboniano», como le llamaban los jurisconsultos de aquel tiempo. Enteramente a las ideas del legislador, había ya redactado los Fueros del Reino de Aragón, compilando sus diversas leyes y costumbres. Lo que no pudo hacer en aquel Código, arreglo doctrinal de una legislación ya establecida, había de intentarlo en los Fueros de Valencia, donde se le presentaba más despejado el terreno.»

Suma y sigue. Añade el articulista:

«...lo que ocasionó violentas protestas de las huestes aragonesas que con su sangre habían conquistado para Aragón el reino moro de Valencia, y deseaban se respetase el lenguaje aragonés.»

Está bien demostrado que no fué solo sangre aragonesa sino también catalana y extranjera las que conquistaron el reino de Valencia; está igualmente comprobado que no se necesitó de una camarilla, ni de una «introducción mañosa» para que se hablase en nuestro reino el valenciano, y ahora como final añadiremos

que en cuanto a la intervención de los caballeros aragoneses en esta campaña, puede el señor García-Arista leer lo que de ellos dice el Rey don Jaime, respecto de las dificultades que le pusieron y cómo tuvo que prescindir de ellos para realizar el plan de conquista, y cómo les castigó después cuando llegó la hora de la organización del nuevo reino y al determinar la jurisdicción de los señoríos y baronías.

Y nada más, porque esto se ha alargado más que de lo que es cuenta. Sólo como nota final añadiremos que el señor García-Arista es académico correspondiente de la Historia. Así nos lo dicen.

Telón rápido.

VALENCIANOS RENEGADOS

El caso del valenciano renegado suele darse, especialmente, entre aquellos hijos de la tierra que en busca de más amplios horizontes se establecieron en Madrid. No es un caso general, pero se da con lamentable frecuencia.

No acertamos a adivinar qué influencia pueda tener el ambiente de la Corte para ciertos individuos que los entontece en grado tan superlativo, que sólo por el hecho de vivir en la capital de la nación se consideran superhombres y ya miran desdeñosamente a sus antiguos conciudadanos, como si fueren seres de inferior categoría.

Y lo más extraordinario es que esto sucede sólo con individuos que se establecen en Madrid, no con los que fijan su residencia en otras partes, los cuales continúan tan valencianos, cuando no más, que en los tiempos de su vecindad en Valencia.

En comprobación de esto que decimos, están los casos de Barcelona y Madrid. En la

primera de dichas ciudades hay, que sepamos, tres Círculos valencianos, en los que se reúnen algunos millares de hijos de nuestra tierra; en Madrid no hay ni uno solo.

Y no es lo malo, y conste que hablamos siempre en términos generales, y reconociendo honrosísimas y muy repetidas excepciones, que esos valencianos se olviden de su tierra, sino que se permitan hablar de ella con gesto despectivo, como si todo fuera de una condición tan inferior que no mereciese ser tomado en cuenta.

Y si por desventura el valenciano renegado logró despuntar un poco en la Corte, hay que echarse a temblar, pues no contento con obtener los beneficios que le reportan los adelantos de su carrera, cree que todos sus antiguos conciudadanos están obligados a envolverle en incienso a todas horas y a prodigarle homenajes cada vez que se le ocurre dar una vueltecita por Valencia para ver quemar una falla, o embriagarse con los estampidos de una traca, únicas manifestaciones que considera interesantes, ya que para otras cosas de más enjundia está la ciudad de su residencia.

Así ocurre que varios de esos valencianos que llegan a ocupar cargos de importancia, desde los cuales algunos beneficios podrían hacer a Valencia, nada hagan, porque viven

sólo atentos a su medro personal y en tanto utilizan en determinadas ocasiones su título de hijos de Valencia, en cuanto lo necesitan para subir varios escalones más en su carrera.

En Cataluña, y perdone el lector que en la serie de estos artículos se la nombre de cuando en cuando, en razón de su intenso amor a su tierra y de los progresos que ese amor le ha reportado, no hay ningún hijo que se despegue jamás de su región, y aún en los casos en que llegan a ocupar elevados cargos en la gobernación del Estado, cuando cesan de desempeñarlos regresan a Cataluña; en Valencia, en cambio, se repite mucho el hecho del político que llega a elevarse un poco y lo primero que hace es trasladarse a Madrid y fijar allí su residencia. Y esto, aunque no sea una prueba de antivalencianismo, porque podrían citarse varios casos que lo desmintiesen, no deja de ser muy significativo.

Y conste, repetimos, que sólo generalizamos; el lector sobradamente señalará muchos casos concretos.

VALENCIA, INDUSTRIALMENTE, OCUPA EL SEGUNDO LUGAR DE LA NACION

Lo que han estado haciendo con Valencia los Gobiernos, desde hace ya muchísimos años a esta parte, ha sido una verdadera iniquidad, y debieron haberse levantado hasta las piedras para protestar contra la escandalosa explotación de que han sido y continúa siendo víctima por parte del Poder central.

Ya conocen nuestros lectores lo que significa Valencia en el orden de su riqueza agrícola, y aún lo que hemos dicho se confirmará más y más con nuevos datos y observaciones que iremos dando, si Dios nos da vida y salud y nuestros lectores continúan dispensándonos el favor de pasar la vista por estos desencuadernados artículos. De todo lo dicho hasta ahora se deduce la afirmación categórica de que Valencia ocupa el primer lugar en su riqueza agrícola, y en sus cuotas, por este concepto al Estado.

En riqueza industrial no tiene ese sitio,

pero va en segundo lugar, por delante de la mismísima capital de la nación, de Madrid, y llevando, a mucho trecho, la que ocupa el cuarto lugar.

Según la «Estadística de la Contribución Industrial y de Comercio», del año 1927, última publicada, en la tarifa tercera, que es la de las grandes industrias, y en ella están comprendidas las metalúrgicas, las químicas y las de hilados y tejidos, entre otras, Barcelona ocupa el primer lugar con 17.060 contribuyentes, y 11.903.677 de contribución; Valencia, el segundo, con 6.363 y 2.333.974, respectivamente, y Madrid, el tercero, con 4.456 contribuyentes y 2.038.369 pesetas de contribución.

En los totales de industria ocupa el segundo lugar respecto a contribuyentes y el tercero en cuanto a contribución, teniendo el segundo Madrid, y ello no ha de extrañar al lector, si se tiene en cuenta el mayor número de habitantes de la capital de la nación y su crecida población flotante, que le obliga al desarrollo de algunas industrias a las que Valencia no tiene necesidad de darles tal amplitud. He aquí la estadística de las tres tarifas sumadas por industrial: Barcelona, 50.499 contribuyentes y 21.024.598 pesetas de contribución; Valencia, 41.821 y 5.259.904, respec-

tivamente, y Madrid, 23.550 contribuyentes y 8.828.226 pesetas de contribución.

Es muy posible que llame la atención del lector la desproporción entre los contribuyentes de Valencia y la contribución, comparado con Barcelona y Madrid; pero sobre esto hemos de alegar que una de las características de la industria valenciana es precisamente el pequeño taller, lo cual es un factor muy favorable para el desenvolvimiento futuro de la industria valenciana, ya que por parte técnica la tiene con verdadero exceso.

En cuanto a las provincias que van detrás, bastará que consignemos que Sevilla, hoy tan floreciente y tan emprendedora, figura en la mencionada estadística oficial con 7.528 contribuyentes y 2.395.208 pesetas de contribución, o sea con 23.293 contribuyentes y 2.864.796 pesetas de contribución menos que Valencia.

¿No juzga el lector bastante elocuentes estas cifras para que Valencia no se muestra indignada contra todos los Gobiernos que le han estado pasando con razones cuando alguna demanda les ha hecho? ¿No ha llegado ya el momento de que se organice y haga valer sus derechos?

¿CUANTOS AÑOS TIENE NUESTRA ACTUAL "SENYERA"?

Es un punto que está completamente dilucidado. No es la misma que concediera a Valencia el Rey don Jaime, pero su antigüedad es bien notoria, y consta el documento preciso en que se abonó su coste, en nuestro Archivo Municipal.

Ya en 28 de Enero de 1356, poco más de cien años después de la conquista de la ciudad por don Jaime I, aparecen pagos por la seda y hechuras de la «Senyera» que la ciudad encargó; pero en esta primitiva bandera no aparecen la cimera ni el murciélago coronando nuestro estandarte, sino que figura sólo una lanza dorada.

En 13 de Octubre de 1503 aparece ya en nuestro Archivo Municipal una provisión ordenando el pago de doce ducados al mercader Jaime Climent, por la confección de la cimera y el «rat penat» que ha encargado la ciudad, bandera a la que se le quiso dar especial im-

portancia, porque fué bendecida por el Obispo, cosa que no consta que se hiciera con las anteriores.

En 1545 acuerda la ciudad la confección de otra «Senyera de or y flama», llamada del «Rat-Penat», con motivo de las fiestas de San Jorge, Patrón del reino, bandera muy parecida a la que ha llegado a nuestros días, y por el «rat penat» de plata se pagaron 104 libras 15 sueldos y 9 dineros, abonándose con ello el precio de 11 marcos, tres onzas y medio cuarto de onza que pesó la plata y las hechuras de la obra.

Esta bandera fué de poca duración. El incendio ocurrido en la Casa de la Ciudad en 1586, destruyó la cimera y el «rat penat», y los Jurados acordaron que se hiciera nueva «Senyera», que fué restaurada en 1596.

Finalmente, en 1638, para la celebración del cuarto centenario de la conquista del reino, acordaron los Jurados que se arreglase de nuevo la invicta enseña, y encargaron al insigne platero Simón de Toledo la cimera y el murciélago, no habiéndose hecho ya ninguna otra restauración hasta el pasado año, en que fué llevada a la Casa de Beneficencia para que la sección de bordado de aquella Casa provincial la restaurase cuidadosamente y se guardara ya de una manera definitiva dentro de

su vitrina, a la vez que se acordaba la construcción de la otra nueva, que fué bendecida muy solemnemente por nuestro venerable Arzobispo en la Catedral, también en 1929, para que fuera llevada por nuestra Corporación municipal en los actos más trascendentales de la vida valenciana.

En cuanto a la significación del murciélago, nuestros historiadores de todos tiempos han divagado y discutido largamente. Lo que parece fuera de todo género de dudas, es que dicho murciélago fué emblema del Rey don Jaime, y que siendo nuestra bandera la real del Monarca conquistador del reino, por derecho lo lleva. Relacionan unos el mencionado animal con aquel pasaje en que dice el Rey, en su *Crónica*, que ordenó no se desmontase su tienda de campaña, por haber anidado en ella unas golondrinas; otros porque, al ser enarbolado el pendón de la conquista en la torre de Beb Acahar, que es la que correspondía a la que se alzaba delante de la actual plaza del Poeta Llorente, creyeron ver un «rat penat» de plata; y, finalmente, no faltan tampoco quienes le den un significado relacionado con la conquista de la ciudad a un pueblo que vivía en las tinieblas de la fe, como el murciélago vive en las tinieblas de la noche.

Sea una cosa u otra, lo indudable es que el murciélago constituye parte integrante, no ya sólo de nuestra «Senyera», sino también del escudo de Valencia.

COMO SE MANDA DESDE MADRID

No hace muchos días se nos lamentaba amargamente el alcalde de cierta villa, cuyo nombre nos permitirá el lector que callemos, pues al fin y al cabo tampoco hace al caso, de una comunicación que había recibido con fecha del 16 del corriente Junio, del ingeniero jefe del Servicio Agronómico de la provincia, pidiéndole los siguientes datos estadísticos: número de habitantes, de jornaleros, de obreros fijos, de labradores propietarios, de ídem sin propiedad, de propietarios vecinos y de ídem forasteros, de fincas menores de una hanegada, de 20, de 100, de 500 y mayores de 500, de fincas de regadío menores de una hanegada, de cinco, de 10, de 100 y mayores de 100.

Y por si esto no era bastante añadía estos otros *pequeños* datos: número de arados romanos, de arados de vertedera, polisurcos, arados de subsuelo, de desfonde, gradas, cultivadores, rulos, sembradoras, guadañadoras

segadoras, cosechadores, trillos ordinarios, ídem de discos, trilladoras para trigo, para arroz, aventadoras, seleccionadoras, trituradoras de granos, corta-forrajes, tractores, motoarados, locomóviles, motores eléctricos, ídem de gasolina, de aceites pesados, de gas pobre, de vapor, molinos de viento, bombas para riego, norias, estrujadoras para uva, prensas para vino ordinarias, ídem ídem hidráulicas, limpiadoras de naranjas, molinos de trigos y molinos de arroz.

La amargura del mencionado alcalde reconocía por causa el plazo que le habían fijado para reunir todos los datos que se le pedían. Posiblemente el lector creerá que para una labor como esa en un año no hay bastante. Pues, no, señor, nada de eso. El Servicio especial de Estadística Agrícola de la Dirección General de Agricultura y Abastos del Ministerio de Economía Nacional, que de todos estos nombres necesita el alto cuerpo del que dimanan tales disposiciones, comunicó, con fecha del 10 del corriente Junio, al ingeniero jefe de la Sección de Valencia la orden de que los alcaldes procediesen sin pérdida de tiempo a reunir los datos anteriormente consignados, para que ANTES DEL DIA 10 DEL PROXIMO MES DE JULIO estuviesen en poder del mencionado inge-

niero jefe de la Sección. ¿Se explica ahora el lector la confusión y las amarguras, no ya del aludido alcalde, sino de todos los de la provincia, y posiblemente los de toda España? No tenemos el gusto de saber quién pueda ser el autor de tal orden; desde luego acusa una ignorancia completa de lo que lleva entre manos. Y de mal en menos si la orden dejara de cumplimentarse. Esto sería, aparte de lo más honrado, lo más beneficioso para los intereses de la agricultura, a los cuales se quiere servir, porque hay que pensar cómo se van a hacer esas estadísticas, no ya a ojo de buen cubero, sino a ojo de secretario, quien en la mayoría de los casos está en estas cosas tan pez como el orondo funcionario que, cómodamente arrellanado en su buen butacón, un día se sintió con impulsos de hacer cosas y tiró mano de timbre, y, al presentarse uno de sus subordinados, le lanzó la fulminante orden que ha puesto en conmoción a todos los alcaldes de España, y que traerá como consecuencia, las estadísticas más inverosímiles y pintorescas que salieron de manos cristianas.

INDICE

	Pág.
Advertencia preliminar	3
Haciendo más que regionalismo	5
Sobre lo de la «lengua muerta»	12
La corrupción de la lengua valenciana	15
La extensión del castellano y del valenciano en nuestra región	19
Del siglo XV acá no ha pasado el tiempo para nuestra lengua	23
Los primeros libros impresos en España fueron valencianos	27
El caso de Orihuela	31
Les trobes en lahors de la Verge María	35
Unas palabras más sobre el caso de Orihuela	39
Los copistas medievales	43
Los breviarios y misales de la Edad Media	47
Es indispensable el uso del «ab» en nuestra lengua	51
La *Crónica* del Rey D. Jaime	55
El amor al forastero ha de tener sus límites	59
Las lenguas regionales también son españolas	61
A Valencia se le quitan sus Reyes y se le adjudican otros que nunca tuvo	67
La unidad de la lengua	71
El nombre de la lengua	75
A las madres valencianas	79
Por qué se le puso a D. Jaime este nombre	83
La cátedra de lengua valenciana restablecida	87
Cómo se fomenta la cultura en Cataluña	91
La sagrada colina del Puig, cuna de nuestra Reconquista	95
La ermita del Puig	99
La labor de nuestra Universidad	103
Nuestro Museo de Bellas Artes	107

Pág.

La Virgen de Vallivana... 111
Lo «Libre de la Sabiesa» de Jaime I. 115
El movimiento renacentista literario. 119
El Real Monasterio de Nuestra Señora del Puig 123
El Estado saca dinero de Valencia hasta de la enseñanza... 127
Los restos romanos de Sagunto... 131
El catecismo en valenciano. 133
Los barones del reino valenciano. 139
Los grandes estados jurisdiccionales valencianos... 141
Valencia debe su inmensa riqueza agrícola no sólo a su suelo y su cielo, sino también a sus brazos... 147
Nuestra riqueza naranjera... 151
Nuestra invicta Señera... 155
Nuestra gran riqueza agrícola... 159
Nuestros productos del campo dan más de 562 millones de pesetas anuales... 163
En Valencia hace falta reconstruir el tipo valenciano. 169
La antigua organización gremial. 173
Un caso de valencianismo digno de imitarse. 177
Disparates a granel. 181
El Corpus valenciano... 185
Remachando el clavo... 189
Valencianos renegados... 195
Valencia, industrialmente, ocupa el segundo lugar de la nación... 199
¿Cuántos años tiene nuestra actual «Senyera»?... 203
Cómo se manda desde Madrid. 207

Precio: 2 pesetas